

— PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA —

FORUM.COM



Una historia en el desierto



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación



Número 227 - 24 de FEBRERO de 2026

ÍNDICE

Este número	3
Una historia en el desierto	
Retiro	4
Una historia que vivir	
Formación	12
Cuaresma interior	
Comunicación	23
Custodiar voces y rostros humanos	
Carisma	29
Una Ratio para el futuro	
Pastoral	32
La cultura del encuentro como ética social	
La Solana	41
Los cuidados entre las personas de más edad	
Por tu Palabra	49
“Quiero, queda limpio”	
El anaquel	52
Escuchar y ayunar	
Una estrella en mi ventana	55
La potencia de lo pequeño	

FORUM.COM – PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Una historia en el desierto

Y a estamos en Cuaresma. Por eso abrimos este nuevo número de **FORUM.COM** de la misma manera que comienza la liturgia de este tiempo: yendo con Jesús al desierto para descubrirse protagonista de su historia. Comentando la escena de las tentaciones, en el número 538 del “Catecismo de la Iglesia Católica”, se recuerda que “los evangelios hablan de un tiempo de soledad de Jesús en el desierto inmediatamente después de su bautismo por Juan: ‘Impulsado por el Espíritu’ al desierto, Jesús permanece allí sin comer durante cuarenta días; vive entre los animales y los ángeles le servían (cf. Mc 1,12-13). Al final de este tiempo, Satanás le tienta tres veces tratando de poner a prueba su actitud filial hacia Dios. Jesús rechaza estos ataques que recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto, y el diablo se aleja de él ‘hasta el tiempo determinado’ (Lc 4,13)”.

Este “tiempo de soledad” del que habla el Catecismo estimula nuestra capacidad espiritual de prepararnos para la Pascua en este tiempo fuerte. En ese Jesús de las tentaciones, prosigue el texto en el número 540, “la Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de la Gran Cuaresma, al Misterio de Jesús en el desierto”. Un misterio que explorar a través de nuestra formación continua, nuestra capacidad reflexiva y nuestro espíritu contemplativo. Ojalá que cuanto se ofrece en este subsidio pueda estimular en esta tarea tan cuaresmal. Y, de paso, como reivindica el retiro podamos “revitalizar la vocación a la que somos llamados, a reconocer para quién estoy hecho, para qué paso por esta tierra, cómo vivo el proyecto del Señor para mi vida”.

¡Buena Cuaresma! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

Una historia que vivir

Campaña vocacional 2026

José Carlos Sobejano García, SDB

1. Oración inicial

D.: Ven, Espíritu Santo,
santificador omnipotente.

T.: Ven a nosotros,
quédate entre nosotros,
vive en nosotros.
Tú, que colmaste de tus dones y de tu presencia
a la Virgen María, la llena de gracia;
Tú, que transformaste el corazón de los apóstoles;
Tú, que suscitaste en Don Bosco y en cada uno de nosotros
una vocación educativo-pastoral...
ven y santifícanos,
ven e ilumina nuestra mente,
ven y fortifica nuestra voluntad,
ven y purifica nuestra conciencia,
ven y corrige nuestro juicio,
ven e inflama nuestro corazón
ven y preservamos de todo mal. Amén

2. Reflexión¹

2.1. Introducción

“La historia no es solo para ser contada, sino para ser vivida. El amor de Dios se hizo carne, y nos invita a vivir y amar con autenticidad, entregando la vida”. De esta afirmación de la Campaña Pastoral del curso nace la Campaña Vocacional’26: **“Una historia que vivir”.**

¹ Presentación en vídeo disponible en <https://youtu.be/UgH1B3MbM8U> (4min. 48 seg.).

Jesús de Nazaret, con su forma de amar, vive el don de la historia que Dios le había regalado: la mayor historia de amor jamás contada. Y nosotros estamos llamados a vivir una vida que tenga sentido e ilumine la historia.

La Campaña Vocacional que celebramos en nuestras Casas no quiere ser un recurso pastoral más o una herramienta de animación vocacional para dinamizar la vida de nuestros jóvenes. La Campaña pretende ser para todos: salesianos, educadores, jóvenes. Todos, todos, todos, tenemos una historia que vivir y en la que respondemos a la más genuina pregunta vocacional: “¿Para quién soy yo?; ¿Para quién es mi vida?” (ChV 286).

Este Retiro quiere ayudarnos a nosotros, salesianos, a revitalizar *la vocación a la que somos llamados, a reconocer para quién estoy hecho, para qué paso por esta tierra, cómo vivo el proyecto del Señor para mi vida* (Cfr. ChV 256). Y, quizá también para preguntarnos, *¿cómo pasa Jesús el Nazareno por nuestras vidas?*

La reflexión tiene como hilo conductor **la curación del ciego sentado al borde del camino**, evangelio que ha dado luz a la Campaña Vocacional y a la preparación de los materiales: “Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios” (Lc 18,43). Aquel ciego, tras la curación, tenía una nueva historia que vivir.

2.2. Palabra de Dios: Jesús sintió compasión (Lc 18,35-43)

“Cuando se acercaba a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le informaron:

«Pasa Jesús el Nazareno».

Entonces empezó a gritar:

«¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!».

Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte:

«¡Hijo de David, ten compasión de mí!».

Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando estuvo cerca, le preguntó:

«¿Qué quieres que haga por ti?».

Él dijo:

«Señor, que recobre la vista».

Jesús le dijo:

«Recobra la vista, tu fe te ha salvado».

Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.”

2.3. “Pasa Jesús, el Nazareno” (Lc 18,37)

¿Qué podemos hacer cuando la fe se va apagando en nuestro corazón? ¿Es posible reaccionar? ¿Podemos salir de la indiferencia?

Lucas narra la curación del ciego para animar a vivir un proceso que pueda cambiar la vida de los creyentes. No es difícil reconocernos en la figura del *ciego Bartimeo* (Cfr. Mc 10,46). Vivimos a veces como ciegos, sin luz para mirar la vida como la miraba Jesús. Sentados, instalados en las convenciones rutinarias, sin fuerza, a menudo, para seguir sus pasos. Extraviados y confundidos, al borde del camino que lleva Jesús, sin aceptarlo como guía de nuestra vida.

¿Qué podemos hacer? A pesar de su ceguera, aquel ciego se entera de que por su vida está pasando Jesús: “*Pasa Jesús el Nazareno*” (Lc 18,37). No puede dejar escapar la ocasión y comienza a gritar una y otra vez: “*¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!*” (Lc 18,38-39). Esto es siempre lo primero: abrirse a cualquier llamada o experiencia que nos invita a curar nuestra vida.

El ciego no sabe recitar oraciones hechas por otros. Solo sabe gritar y pedir compasión, porque se siente mal. Este grito humilde y sincero, repetido desde el fondo del corazón, puede ser el comienzo de una vida nueva. Jesús no pasará de largo.

El Maestro escucha la llamada y se produce la pregunta que cambia la vida del ciego: “*¿Qué quieres que haga por ti?*” (Lc 18,41). Sabe muy bien lo que aquel hombre necesita: “*¡Señor, que recobre la vista!*” (Lc 18,41). ¡Es lo más importante!

2.4. “Sentado al borde del camino” (Lc 18,35)

¿Estamos ciegos, sentados, al borde del camino, mientras pasa Jesús?

Al comienzo del relato evangélico nos encontramos al ciego sentado en el camino. Aquel hombre está privado de la vista, desorientado y fuera del camino. Incapaz de caminar tras Jesús, le falta luz y orientación. El relato nos descubre, sin embargo, que en este hombre hay todavía una fe capaz de salvarlo y de ponerlo de nuevo en el verdadero camino.

Las rutinas de la vida, los cansancios propios de la edad o el ingente trabajo apostólico pueden distraernos en el camino vocacional y en el seguimiento del Maestro. La tentación de instalarnos en el conformismo nos da seguridad y nos empuja a cerrar los ojos al ideal de nuestra consagración salesiana que nos exige sacrificio y generosidad. Entonces, algo fenece en nosotros. Ya no vivimos el dinamismo vocacional y la comodidad se instala en nosotros. Hemos renunciado a vivir como discípulos y estamos necesitados de un fuerte impulso vocacional.

¿Es posible reaccionar cuando nos instalamos en la rutina y la indiferencia? Esta es la buena noticia de Jesús: dentro de cada uno de nosotros hay una fe y una llamada a la

que, con plena libertad, dijimos ¡sí!, “*comprometiéndonos a entregar todas nuestras energías a quienes fuéramos enviados, especialmente a los jóvenes más pobres, a vivir en la Sociedad salesiana en comunión fraterna de espíritu y acción y a participar, de ese modo, en la vida y en la misión de la Iglesia*” (Fórmula de la Profesión).

Sentados al borde del camino

Y es que nosotros, a veces, podemos sentarnos al borde del camino y programar nuestra existencia en la comodidad y el bienestar.

Quiero recordar aquí –y creo nos vendrá bien releerlas- unas palabras de Don Ángel Fernández Artime citadas por Don Pascual Chávez en los Ejercicios Espirituales que predicó a los participantes en el CG29. Son cuatro aspectos que él considera de máxima importancia para el futuro camino de la Congregación:

- *“Sigo preocupado –escribe Don Ángel-, porque está muy presente en toda la vida consagrada, también en la nuestra, como Salesianos, cierta debilidad o fragilidad en el modo de vivir la vida espiritual y la relación con Dios, afectando de lleno a nuestra identidad carismática y constatando el convencimiento de que sin una verdadera experiencia de Dios no hay creyentes, menos aún consagrados, y menos aún Salesianos de Don Bosco con una vida totalmente gastada por y para los jóvenes”.*
- *“Con toda sinceridad he de compartiros hermanos que también sigo preocupado porque no son pocos los hermanos salesianos que viven con debilidad la vida consagrada con vacíos afectivos y malestares comunitarios”.*
- *“Me preocupa –continúa Don Ángel- cuando me encuentro con realidades de vida comunitaria en las que la comunidad sirve para lo que uno quiere hacer, y es “funcional” pero no es profecía ni crea fascinación en los jóvenes”.*
- Y concluye afirmando que *“no me doy por satisfecho todavía en la atención en favor de los muchachos y jóvenes más pobres. Nuestro corazón tendría que estar más locamente enamorado de los más pobres, como lo fue el de Don Bosco”.*

Palabras exigentes que nos sitúan al borde del camino. Ahora bien, Jesús pasa, lo reconocemos, le pedimos compasión y nos dirige las palabras que aquel ciego puedo escuchar: “*Recobra tu vista, tu fe te ha salvado*” (Lc 18,42) nos devuelve la vista. No hay tiempo para el desánimo. Es tiempo de esperanza... porque tenemos una historia que vivir.

2.5. “Entonces, empezó a gritar” (Lc 18,38)

Jesús sale de Jericó camino de Jerusalén. Va acompañado de sus discípulos y más gente. De pronto se escuchan unos gritos. Es un mendigo ciego que, desde el borde del camino, se dirige a Él: “*¡Hijo de David, ten compasión de mí!*” (Lc 18,38).

Su ceguera le impide disfrutar la vida como los demás. Él nunca podrá peregrinar a Jerusalén. Además, le cerrarían las puertas del templo: los ciegos no podían entrar en el recinto sagrado. Excluido de la vida, marginado por la gente, olvidado por los representantes de Dios, solo le queda pedir la compasión a Jesús.

Los discípulos y seguidores se irritan. Aquellos gritos interrumpen su marcha tranquila hacia Jerusalén. No pueden escuchar con paz las palabras de Jesús. Aquel pobre molesta. Hay que acallar sus gritos; por eso “*los que iban delante lo regañaban para que se callara*” (Lc 18,39).

La reacción de Jesús es muy diferente. No puede seguir su camino ignorando el sufrimiento de aquel hombre. “*Jesús se paró y mandó que se lo trajeran*” (Lc 18,40). Sus seguidores no pueden caminar sino al ritmo de Jesús.

La razón es sencilla: el centro de la mirada y del corazón de Dios son los que sufren. Por eso Jesús los acoge y se vuelca con ellos de manera preferente. Su vida es, antes que nada, para los maltratados por la vida o las injusticias: los condenados a vivir sin esperanza.

El grito de los jóvenes...

Como el ciego de Jericó, cuyos gritos eran acallados por la multitud y los discípulos, hoy tantos jóvenes, situados en los bordes de la historia y de la sociedad, marginados, son acallados en sus gritos por los poderes y los intereses del mercado, del dinero y de otros falsos dioses.

Los jóvenes necesitan la presencia salvífica del Señor, el compromiso solidario de nuestras manos que no increpan para acallar esos gritos, sino que les abren los ojos y el corazón para encontrarse con la persona y la palabra del Señor: “*¿Qué quieres que haga por ti?*”.

En el sueño de los 9 años Juanito *se encontró con una persona venerable que le llamó por su nombre y le mandó ponerse al frente de aquellos muchachos*. Aquel sueño marcó su opción vocacional entendiendo que su vida sería siempre para ellos. Aquella opción no se queda en sentimentalismos o en deseos abstractos, sino que se transforma en actos y decisiones: levantar el Oratorio, las escuelas de formación, los talleres para sus jóvenes, el internado donde los acoge..., hasta fundar la Congregación Salesiana en 1859 reuniendo a aquel grupito de jóvenes “*todos con el fin y en un mismo deseo de promover y conservar el espíritu de verdadera caridad que se requiere en la obra de los Oratorios para la juventud abandonada y en peligro*” (Acta fundacional).

Nuestra historia es la historia de Dios entre los muchachos y los jóvenes. Hoy nosotros, llamados por nuestro nombre, somos enviados, en comunidades fraternas, a jóvenes concretos que tienen una historia que vivir. Hoy, más que nunca, debe resonar en nuestro corazón la palabra del Rector Mayor en la clausura del Capítulo General:

“No estamos presentes en su vida para condenarlos. Nos hacemos disponibles para ofrecerles un espacio sano de comunión, iluminado por la presencia de un Dios misericordioso que no pone condiciones a nadie. La propuesta de la persona de Jesucristo no es un fruto de un estéril confesionalismo o proselitismo ciego, sino el descubrimiento de una relación con una persona que ofrece amor incondicional a todos. Nuestro testimonio es el signo más elocuente y el mensaje más creíble de los valores que queremos comunicar para poder compartirlas” (Don Fabio Attard, CG29, Mensaje de clausura).

2.6. “¿Qué quieres que haga por ti?” (Lc 18,41)

Tener vida no significa necesariamente vivir. Para vivir es necesario amar la vida, despertar día a día, renovarnos y crecer continuamente.

El ciego buscaba recobrar la vista: anhelaba la luz que le permitiera ver de nuevo; y sabía a quién se lo pedía. Aun con las reprimendas de los que le regañaban y le exigían silencio, él gritaba más fuerte. Buscaba la luz; pero en su interior ansiaba la vida.

Hay en él una fe que le hace reaccionar ante el paso del Maestro. Le identifica por su nombre: “¡Jesús!”; le suplica compasión; le solicita la vista, la luz, la vida.

La palabra de Jesús no es su única reacción. Antes de pronunciarla, se ha parado, manda que le acerquen a aquel ciego y le interroga sobre su deseo: “¿Qué quieres que haga por ti?” (Lc 18,41). Y, solo tras ello, se produce el milagro: “Recobra la vista, tu fe te ha salvado” (Lc 18,42).

Tenemos una “Historia que Vivir”

Cuidar en nosotros la historia vocacional que Dios nos regala es la primera tarea de cada día. Hombres que madrugan agradeciendo el regalo de la vida; que se nutren de la Palabra y de la Eucaristía; que entregan su tiempo y sus talentos en nombre de Jesús; que se abren al encuentro gratuito con jóvenes y educadores; que permanecen atentos a las necesidades del prójimo; que gozan en la vida común...

A esos hombres, salesianos de Don Bosco por vocación, por identidad, por pasión... el Rector Mayor² nos invita a *fomentar tres actitudes que deben*

² Cfr. Don Fabio Attard, *María se levantó y se dirigió con prontitud*, ACG 446.

arraigarse en un corazón libre para madurar luego dentro de la experiencia educativo-pastoral salesiana:

- **La ESCUCHA, a Dios y al prójimo.** *A Dios, que en el difícil camino del discernimiento se nos presenta como una voz sutil o viento ligerísimo que puede verse ahogado por las muchas voces y los muchos deslumbramientos de nuestra jornada; primando la Palabra sobre las palabras y acudiendo con asiduidad a la meditación, espacio que nos entrena para escuchar a Dios. Al prójimo, conscientes de que cada hermano y cada hermana son la imagen de Cristo, sus miembros predilectos, presencia del Hijo de Dios en la tierra.*
- **La DISPONIBILIDAD,** *dejando a Dios la iniciativa de tener un espacio para poseer dentro de nuestro corazón haciendo así que la caridad se asemeje a Jesús, no porque se trate de una acción específica, sino porque es pura imitación de la misma disponibilidad de Cristo, quien no consideró su persona como un tesoro a guardar. Disponibles al Otro y hacia el otro ya que solo este camino de disponibilidad a Dios conduce a la verdadera caridad hacia el otro: el amor de Don Bosco por los chicos no tiene otra causa que su estar consagrado a sus jóvenes.*
- **La GENEROSIDAD y AUTODONACIÓN,** *que no es solo un acto ocasional ni una respuesta impulsiva a una situación de necesidad, fruto de la espontaneidad de un alma bella. Es, más bien, una profunda disponibilidad interior, arraigada en la identidad personal. Respuesta a una llamada libre, la generosidad, a menudo silenciosa, cotidiana, oculta y, precisamente por eso, aún más fecunda, es nuestro nombre propio en el sentido de que es parte de la definición de nuestra identidad. La misión es nuestra aptitud en acción y es, radicalmente, generosidad, entrega de sí mismo don de la propia vida por la salvación del mundo y, especialmente, de los jóvenes.*

2.7. Una historia que vivir

“Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios” (Lc 18,43).

El ciego recobró la luz, la vida, y se puso en camino. No se quedó quieto. El milagro de Jesús renovó su fe e intensificó su dinamismo apostólico: no solo glorificaba a Dios, sino que decidió seguir a Jesús. Aquella escena transformó también la vida de la comunidad: *“Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios” (Lc 18,43).*

Así somos, así queremos vivir... ¡Salesianos que deciden **correr el riesgo** de amar la vida y la vocación! Salesianos que *desean hacer de su vida algo grande, para mejorarse a sí mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna, que aspiran a cosas grandes, a la santidad, allí donde están y que no se conforman con menos* (Cfr. León XIV, Jubileo de los Jóvenes, 3 de agosto de 2025).

Salesianos, en fin, que tienen ¡una historia que vivir!

Preguntas para la meditación personal

- a. *¡Sentados –y cómodos- al borde del camino!* ¿Qué aspectos de mi vocación deben ser dinamizados?
- b. *¡Jesús, ten compasión de mí!* En mi vida cotidiana, en mis horarios y rutinas: ¿Cómo y cuándo llamo o invoco a Jesús? ¿Busco tiempos de relación-oración con Él?
- c. *¿Qué quieres que haga por ti?* ¿Quiero-busco la misericordia de Dios? ¿Tiene espacio en mi vida consagrada el sacramento de la reconciliación?
- d. *Entonces, empezó a gritar.* ¿Soy sensible al grito de los jóvenes? ¿Escucho con esperanza sus palabras y situaciones, sin prejuicio o valoraciones negativas?
- e. *Tenemos una historia que vivir.* ¿Corro el riesgo de amar la vida y mi vocación?

3. Oración conclusiva

T.: Señor, único Dios y Trinidad perfecta,
fuente y meta de todo nuestro ser,
infunde la caridad y la luz de tu Espíritu en nuestras comunidades,
y hazlas espejo transparente
de tu misterio de amor y comunión.
Haz que, amándonos con espíritu de familia,
construyamos una verdadera comunión de vida
para manifestar a quienes entren en contacto con nosotros
la presencia y la fuerza de tu Amor
y orientarlos hacia ti, único bien verdadero.
Por Jesucristo nuestro Señor.

(Inspirada en la oración sobre el artículo 49 de las *Constituciones*,
de *El proyecto de vida de los salesianos de don Bosco*)

Cuaresma interior³

Julio Parrilla Díaz⁴

Un año más, como una lección que no se aprende del todo, nos vemos inmersos en el tiempo litúrgico de la Cuaresma. Un tiempo que forma parte del calendario litúrgico. Y eso obliga. Hay que preparar la ceniza, sacar la ropa morada, releer y proclamar los textos litúrgicos propios del tiempo, insistir a los fieles en la necesidad de hacer un camino de conversión y, por lo tanto, orar, ayunar y dar limosna y, en definitiva, preparar la Semana Santa y culminar todo lo dicho con la Pascua. Amén. Aleluya. Todo ello salpicado de procesiones, pasos, monumentos, velas y capirotos, ciriales y dalmáticas, curiosos y turistas, antiguas devociones y viejas tradiciones que resucitan puntualmente y que son capaces, a pesar de todo, de remover (¡oh, sorpresa!) las aguas tranquilas de nuestra fe.

La celebración de la Cuaresma, año tras año, puede parecer una noria, algo que se repite y forma parte de nuestra rutina piadosa. Pero, si uno está atento y se plantea las cosas con un cierto rigor y profundidad, puede que la noria nos descubra el valor del agua viva, la que Jesús ofreció a la samaritana junto al pozo de Sicar. “El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás” (Jn 4, 14). Una vez más, todo dependerá de cómo se viva, de lo que se espere o se busque, y de lo que se consuma o beba. La sed de plenitud que experimentamos no siempre queda saciada por una mundanidad experta en distraernos de lo esencial. En cualquier caso, algo hay que poner de nuestra parte para que la Cuaresma no se difumine y, pasado el merecido descanso y la semana de Pascua, tengamos que decir “a otra cosa, mariposa” y el tiempo cuaresmal sea, una vez más, un tiempo perdido.

La Cuaresma y la Semana Santa tienen su exterioridad, demasiado bella las más de las veces. Pero es grande el riesgo de que todo quede en el rito, en la coreografía y en la imagería. Por eso, quisiera acercarme, en estas páginas, a la experiencia cuaresmal desde dentro, desde la espiritualidad cristiana y la vida interior, a fin de dar sentido a un tiempo que se me antoja precioso para el cuidado de nuestra vida y de nuestra fe. Si

³ Pliego publicado en la revista ‘Vida Nueva’, núm. 3.446 (14-20 de febrero de 2026).

⁴ Obispo emérito de Riobamba (Ecuador)

logramos vivir al amparo del evangelio, las imágenes y los signos alimentarán nuestra experiencia creyente y el tiempo litúrgico será un tiempo de salvación.

1. La cuaresma es un tiempo de referencias fundamentales

La liturgia nos ayuda a recuperar la verdad de la fe y de la vida. El proceso cuaresmal significa poco si no crecemos en la fe o si la vida se vacía de contenidos liberadores. Nuestra propia verdad está dentro, donde bailan entrelazados el amor y el dolor, el brillo y la decepción, la presencia y la ausencia, la cercanía de Dios y su nostalgia. La Cuaresma es un tiempo precioso de introspección y, al mismo tiempo, de salida al encuentro de los hermanos.

En lo secreto

En los temas de la fe y de la búsqueda sincera de Dios, la primera referencia es Jesús. De Él hay que partir y a Él hay que volver, a sus palabras, gestos y milagros. Y, muy especialmente, a los relatos de una pasión apasionada, capaz de dar vida en medio del dolor. Y dejar que sea Él quien nos ilumine y nos aliente. De su mano comprenderemos qué se nos ofrece y pide en este tiempo cuaresmal. Como un atrio, un umbral que marca y encauza el acceso al templo, la liturgia nos ofrece el texto precioso de Mt 6, 1-19, en el que quedan claras la práctica y la actitud del cristiano delante de Dios: la limosna, la oración y el ayuno, pero todo ello “en secreto”, allí donde escondemos el tesoro y alimentamos, no exentos de alegría y de dolor, nuestro yo más verdadero.

Limosna, oración y ayuno suponen algo más que un planteamiento ascético. El texto del capítulo 6 de Mateo, propio del Miércoles de Ceniza, se convierte en una referencia fundamental que nos ubica delante de Dios y de nuestros hermanos. Jesús plantea una relación nueva: “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos”. Lo que está en juego es cómo nos situamos delante de Dios, es decir, si practicamos las obras buenas que nos hacen justos ante Él y, al mismo tiempo, asumimos la contemplación del mundo y de su historia con ojos de misericordia. Solo así podremos aunar la vida y la fe, y renovar el seguimiento de Jesús. Los ojos misericordiosos nos llevarán a la limosna, al ejercicio de la solidaridad, a ponernos en el lugar del necesitado, del pobre que, más allá del pan, está pidiendo que se le abran las entrañas de la esperanza. Semejante compromiso nos recuerda que no podemos amar a Dios a quien no vemos si, al mismo tiempo, no amamos al hermano a quien vemos. Semejante convicción marca el sentido de nuestra oración. No se trata de orar para tener a Dios de nuestro lado, gozar de su protección y lograr que convierta el agua en vino o multiplique nuestra fortuna. Mucho menos se trata de mantener ante el respetable público la imagen aparente de una persona piadosa, justa y buena y, al mismo tiempo, vivir en la mentira, en la corrupción o en la codicia del poder o del dinero. El encuentro con Dios en la intimidad del corazón nos exige autenticidad y transparencia. Y así ocurre también con el ayuno. Tal como Mateo lo plantea, el ayuno va unido a la imagen que ofrecemos y, por lo tanto, a la sinceridad de nuestra vida. Por eso, Jesús, de forma directa, nos previene. Si queréis vivir de otra manera, tened cuidado con la hipocresía, con esa

inmensa capacidad que el hombre tiene de aparentar lo que no tiene, lo que no ama y lo que no es. De ahí la insistencia en la necesidad de obrar “en lo secreto”, una especie de estribillo que se repite insistentemente: “Y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6, 4; 6, 6; 6, 18). Lo secreto es el corazón, el mundo interior que globaliza la vida entera, allí donde, cuando escarbamos en la vida espiritual y nos dejamos tocar por el Espíritu, residen nuestros sentimientos, intenciones y mejores propósitos. “Lo secreto” es el espacio privilegiado del encuentro, del diálogo liberador, de la amistad y de la fe. El espacio donde la apariencia se difumina y podemos vivir en la verdad. Solo entonces sentimientos y propósitos quedan referidos a la iniciativa de Dios. Importa Él, su amor y su voluntad.

Franz Jalics hace un precioso comentario al tema de la oración en el cuarto escondido: “Cuando también la puerta está cerrada, nadie puede asomarse hacia dentro ni hacia fuera. En ella uno está oculto. La única mirada posible se dirige, según el texto, al Padre” (...). “En la cámara, en el centro vacío, en el hondón del alma no existen afectos; solo existe el mero ser percibido. Dios es nuestro centro más profundo. Él permanece en el centro de nuestro ser. Por eso debemos abandonar el balcón y dirigirnos al cuarto interior. Solo allí nuestra mirada se centra por completo en el Padre”⁵.

Cuando oramos, ayunamos o damos limosna, nuestro lugar no es el balcón, sino “lo secreto”, la intimidad de nuestro cuarto, de nuestro interior, allí donde nos ponemos bajo la mirada del Padre. El texto de Mateo es una invitación a mirar hacia el interior. Solo en el espacio de la interioridad comprenderemos que estamos llamados a ser uno con Dios (Jn 17, 20-26) y que veremos a Dios tal como es (1 Jn 3, 2). Por eso, el Reino está ya en nuestros corazones.

La conversión

Para provocar un cambio de actitudes y de vida, tenemos que profundizar el sentido cristiano de la conversión. Jesús lanzará a los cuatro vientos este reclamo de forma directa y clara. “Convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1, 15). Jesús pronuncia estas palabras al inicio de su ministerio público. La cercanía del Reino y la conversión van de la mano. En el tiempo cuaresmal, las palabras de Jesús adquieren una enorme fuerza y nos obligan a situarnos con mayor radicalidad ante las exigencias de la fe, exigencias que el tiempo cuaresmal ilumina especialmente.

El P. Raniero Cantalamessa, OFMCap., en la Cuaresma del año 2021, hizo una preciosa introducción a la Cuaresma, dirigida a la Curia romana. En ella reflexiona sobre la conversión y señala tres momentos o contextos diferentes del Nuevo Testamento en los que se habla de ella. No se trata de experimentar lo tres juntos con la misma intensidad. Hay una conversión para cada etapa de la vida.

- La conversión, tal como la plantea la tradición judía, va unida a la toma de conciencia de que, en el camino de la vida, hay que volver sobre los propios pasos y abandonar el camino equivocado. La conversión, en este caso, sugiere la idea

⁵ *El camino de la contemplación*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2025, pp. 65-66

de algo doloroso: cambiar de vida, de costumbres y de hábitos por muy arraigados que estén, por mucho que condicionen nuestras vidas. Pero, en los labios de Jesús, este significado cambia y nos obliga a leer el texto (Mc 1, 15) de forma novedosa. Con la llegada de Jesús, las cosas han cambiado: ha llegado el Reino de Dios y convertirse no es volver a la Alianza antigua, sino entrar en el Reino que Jesús anuncia. Convertirse y creer no son dos cosas diferentes y sucesivas: convertirse es creer, cambiar nuestra relación con Dios, pasar de un Dios que pide, manda y amenaza, a la imagen de un Dios que viene con las manos rebosantes de misericordia.

- Hay un segundo pasaje evangélico en el que se habla de conversión: “Los discípulos se acercaron a Jesús y dijeron: ‘¿Quién es el más grande en el Reino de los Cielos?’. Entonces Jesús llamó a un niño, lo colocó en medio de ellos y dijo: ‘En verdad os digo: si no os convertís y os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos’” (Mt 8, 1-4). En esta oportunidad, convertirse sí que significa volver atrás y recuperar la sencillez de los pequeños, volver a ser como éramos en el momento de la llamada, a orillas del lago, cuando solo éramos compañeros de aventura y no competidores que luchaban por el primer puesto. La vida tantas veces nos enreda y tenemos que volver a la inocencia vocacional, propia de la infancia espiritual, cuando dijimos “¡solo Dios basta!” y nos lo creímos. El tiempo pasó y otros intereses habitaron el corazón y fueron desplazando la inocencia. Cuando nos preguntamos quién es el más importante, estamos dejando espacio a las rivalidades, sospechas y comparaciones. Entonces, cuando Jesús nos pide la conversión, simplemente nos está diciendo que nos olvidemos de la autorreferencialidad, de centrarnos en nosotros mismos, y poner nuestro corazón en Él, ampliar nuestro horizonte y tocar las heridas de los hermanos.
- Y hay un tercer contexto en el que se nos invita a la conversión: las siete cartas a las iglesias del Apocalipsis (Ap 3, 15s), especialmente a la Iglesia de Laodicea: “Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente... Porque eres tibio te voy a vomitar de mi boca... Sé celoso y conviértete”. Es una visión de la conversión que siempre resulta muy oportuna: convertirse de la mediocridad y de la tibieza, algo que los santos nos recuerdan con su vida (san Agustín, santa Teresa, san Francisco de Asís, san Carlos de Foucauld...), tantos cristianos que prefieren complicarse la vida y arriesgarla en fidelidad a Jesús y a su Reino, hermanos nuestros que en un determinado momento de la vida deciden cambiar de ruta y de proyecto y adherirse sin fisuras al proyecto de Jesús. También en nosotros se da una experiencia semejante en mayor o menor medida, una experiencia a la que continuamente hay que volver, cuando el Señor nos eligió y nos llamó por nuestro propio nombre, nos encontró atentos y vigilantes, y respondimos a su llamada, convencidos de que habíamos encontrado el tesoro escondido y, dejándolo todo, las pobres redes que nos enredaban, lo seguimos de cerca. En la medida en que la mundanidad invade nuestra conciencia y se apropia de nuestros corazones, acabamos idolatrando el bienestar, la comodidad, la seguridad, y caemos en el pozo sin fondo de la mediocridad, de la indiferencia y del interés. Sin disimulo, acabamos recuperando la barca y las redes, pendientes de que la pesca sea rentable.

El texto de Mt 4, 1-11, que ilumina la liturgia del I Domingo de Cuaresma, nos habla de las tentaciones que Jesús sufre en el desierto. El tentador también nos acecha a nosotros y sus propuestas deshonestas nos llevan a la idolatría. Por eso, es necesario cultivar el espíritu de la conversión para poder decir como Jesús: “Solo a tu Dios adorarás”.

La Cuaresma es un tiempo precioso para plantearnos con radicalidad el tema de la conversión. También para contrastar nuestra vida y renovar nuestra fe desde esta doble referencia: “Cambiad vuestra manera de pensar y de vivir”, es decir, “arrepentíos” y “confiad en la buena noticia”. Jesús nos llama a una transformación profunda, a una conversión del corazón y, así, aceptar la salvación de Dios. En definitiva:

- “Convertirse” implica un cambio radical de pensamientos y de conducta, de afectos y de confianza, un salto adelante para entrar en el Reino de Dios.
- Y “creer en el evangelio” no es solo una creencia intelectual, sino una fe que se arraiga en el corazón: Jesús es Señor y Salvador, Aquel que puede saciar nuestra sed, llenar nuestros vacíos y colmar nuestra esperanza. Los tiempos desconcertantes y recios que vivimos nos están pidiendo que caminemos de su mano. Así, el sentido de la vida descansa en nuestro encuentro con Él, con sus palabras, sus gestos y sus milagros.

La presencia

Es una clave referencial para vivir la fe y crecer en la vida espiritual. Ausentes de Dios, de la fraternidad, de la realidad humana, especialmente del dolor, nuestra vida acaba discurriendo por los caminos tortuosos de la ausencia. Seguir a Jesús de cerca, amarle y hacer nuestro su proyecto liberador, ser y sentirnos hermanos y compañeros de aventura con todos los creyentes, poner el corazón en la pequeña comunidad con la que compartimos la vida, el Pan y la Palabra, hacer camino con los pobres compartiendo con ellos su hambre de justicia y de esperanza, nos llevará a vivir presentes delante de Dios, unidos a nuestros hermanos, servidores de los más pequeños en medio del mundo.

En muchos momentos, parecerá que la noche nos rodea y nos abraza, que los tiempos intermedios se hacen angostos e interminables, que las ovejas perdidas lo están para siempre y que nuestros esfuerzos son vanos. Puede que el Buen Pastor, recogido en oración mientras curaba sus propias heridas, repensara la más honda de las verdades: que la fuerza, la pasión y la presencia la llevamos en el corazón y que en el interior podemos encontrar la raíz de nuestra constancia. Por eso, cuando el pastor encuentra la oveja perdida, el tiempo intermedio, las fatigas y los sufrimientos no cuentan. Lo que importa es el encuentro y la recuperación. Importa volver a la casa, al redil, al zurrón de la vida. Hay caminos que no llevan a ninguna parte, pero el camino de Jesús nos lleva a casa. Son todas imágenes de una presencia que no podemos perder, a pesar de las dificultades, decepciones o cansancios. El Buen Pastor, el habitante de nuestro corazón, es Jesús. Él es la raíz y la fuerza de nuestra constancia.

Si estamos lejos... es necesario desandar el camino y volver a la casa del padre. El amor, la acogida y el abrazo son la expresión de una presencia que nos perdona, nos reconcilia

y nos devuelve la dignidad perdida. La parábola el hijo pródigo (Lc 15, 11-31) es un mosaico maravilloso que refleja la presencia misericordiosa de Dios y, al mismo tiempo, la contradicción de la condición humana. En la parábola abundan los elementos que retratan la realidad: la partida, el despilfarro, la miseria, el arrepentimiento, la nostalgia, el regreso, la acogida, el abrazo, la fiesta... No faltan la comparación, el rechazo, la envidia... Pero, al mismo tiempo, están presentes la necesidad de ser amado, alimentado y curado, la presencia del padre, el perdón y las entrañas de misericordia, el amor incondicional y la reconciliación... Lo cierto es que el viaje más importante no es la huida, sino el regreso. El corazón vacío, ausente o perdido no puede encontrarse con la verdad, tampoco con el amor liberador, necesita encontrarse con el Dios presente, capaz de llenar nuestros vacíos, de restaurar el corazón roto y devolvernos la condición de hijos amados.

¿Y si estamos cerca? La parábola del hijo pródigo nos recuerda que podemos estar y no estar al mismo tiempo, viviendo en la casa, pero ausentes del hogar. La presencia exige la vigilancia y el cuidado. No se trata de estar, sino de ser, de cultivar las virtudes y las actitudes que nos hacen fraternos, amigos y solidarios: la cercanía, la escucha, el diálogo, el respeto, la tolerancia, los detalles y el humilde lavado de los pies. De esta manera, la presencia delante de Dios se convierte en presencia con los hermanos. La vuelta a casa no solo supone encontrarse con el padre, sino también con aquellos que, a pesar de tener la misma sangre, piensan, sienten y sueñan de manera diferente. La presencia del Dios bueno y misericordioso nos está pidiendo que también ellos entren a la fiesta.

2. Transitar por los espacios interiores

Nuestras comunidades, parroquias y cofradías, herederas de una larga e intensa tradición, promueven y cuidan en la Iglesia las celebraciones cuaresmales y pascuales, un auténtico reguero de fe y de esperanza. El desafío es siempre el mismo: que la piedad popular sea un espacio de fe y de vida que nos ayude a ahondar en nuestro interior el misterio de la salvación.

El corazón, la conversión y la presencia necesitan del alimento de la vida interior, de un espacio propio que, en la medida en que se cuida, recrea una auténtica pedagogía de vida y de crecimiento. La Cuaresma tiene también este valor propedéutico que nos permite ahondar en lo más íntimo de nuestra fe, no para quedarnos al abrigo del bienestar, sino para renovar el corazón y salir al encuentro convocante de los hermanos por nuestros personales caminos de Galilea.

Cuaresma, tiempo de silencio

Si algo posibilita el encuentro con Dios es la práctica del silencio. No un silencio de muerte, sino de vida. No solo el silencio exterior, tan necesario, en medio del ruido y de la vorágine que nos rodea, algo que muchas veces ni siquiera depende de nosotros. También el silencio interior, que nos permite cultivar lo mejor de nosotros mismos: pensamientos y sentimientos positivos y creativos, de amistad y de comunión. La

Cuaresma es un tiempo privilegiado para reconocer y agradecer los silencios de vida que nos envuelven y dan calidad a nuestro trabajo, a la creación artística, a la oración, a la meditación de la Palabra y, también, al descanso, cuando, sobre todo al final del día, agradecemos a Dios los momentos, las personas y todo lo bello que hemos recibido. Son momentos que gestan la “soledad sonora” que acompaña nuestra vida. Entonces, el silencio se vuelve compañero de viaje y se convierte en un tesoro.

En el evangelio, las palabras de Jesús siempre van de la mano con sus silencios. El buen pastor que busca la oveja perdida, el siervo bueno que cuida la viña, el samaritano que socorre y cuida al herido, el padre que abraza al hijo pródigo... son aquellos que saborean el encuentro con Dios en la soledad del desierto, del huerto, del monte, de Betania, por los caminos de Galilea. Jesús, atento a las necesidades de los pobres, es aquel que siempre encuentra tiempo para hacer silencio y ponerse en la presencia de Dios. Un silencio orante y comprometido que, poco a poco, va moldeando el corazón. La Cuaresma proyecta sobre nosotros la sombra de la cruz y el resplandor de la Pascua. Algún día las sombras de la muerte desaparecerán y seremos para siempre hijos de la luz.

No todo es tan poético. Junto a los silencios de vida, también están los silencios de muerte, los silencios del pecado y del mal, presentes en el corazón del hombre. Silencios marcados por el interés y por el miedo ante la injusticia o la corrupción, la destrucción del medio ambiente, las políticas que atentan contra la dignidad humana, el abuso de los pequeños o el sufrimiento de los descartados. Para contemplar estos silencios, no es necesario salir de nosotros mismos ni del propio entorno. Silencios de muerte son también la falta de diálogo en el matrimonio, en la familia, en la comunidad, en la parroquia, en la vida social y política. Silencios de muerte son el reducir la comunicación y el diálogo a pura ideología, a los intereses del poder, al bienestar personal o de grupo hasta llegar al punto de esquivar la verdad o anular la compasión. Entonces, el silencio nos acaba envolviendo y nos deshumaniza hasta el punto de opacar nuestra dignidad personal y nuestra condición de hermanos y de hijos de un único Dios y Padre.

El silencio cristiano va unido al discernimiento y a la búsqueda sincera de la voluntad de Dios y, así, acaba formando parte de nuestra vida espiritual, de nuestra oración, del encuentro fraterno, de la comunión eclesial y del servicio a los pobres. Solo entonces el silencio se vuelve liberador y transforma nuestra vida. Compromiso cuaresmal puede ser disponer de tiempos de silencio que salpiquen nuestra vida, nuestro deseo de descubrir algo bueno en el corazón.

Cuaresma, tiempo de escucha

Toda relación exige cuidado. Y del cuidado forma parte privilegiada la cercanía, la atención y la escucha. Difícil resulta entrar en esta dinámica si no hay silencio interior, si no alimentamos ese espacio de silencio, de paz y de concentración. Volveremos al balcón y el ruido nos aturdirá, nos volverá incapaces para escuchar los latidos más profundos de nuestros hermanos, y lo que digamos se volverá irrelevante y vacío. Vivimos un tiempo acelerado de compromisos, tareas, urgencias y cambios. Se nos valora y califica por todo cuanto proyectamos, hacemos y revalidamos. Nuestra vida es para nota. Solo así seremos productivos y entraremos en el mundo de la excelencia. Pero el

evangelio nos dice algo diferente. Nos pide poner el oído en el corazón de Dios y pegarlo a la tierra que pisamos. Un cristiano tiene que saber escuchar el corazón del hombre. Latidos, silencios, palabras susurradas al oído y gritos desgarradores nos recordarán que quien abraza al hermano está abrazando a Dios.

Creer en la vida espiritual, en humanidad, nos está exigiendo el cuidado de la cercanía, de la intimidad y de la escucha. Nos pide dedicar tiempo, no perderlo sino ganarlo, a favor de nuestros hermanos. Y, para ello, recrear de forma novedosa el valor del cada día. José Luis Pérez Álvarez, fundador de ADSIS, al amparo de la vieja ermita de Eskolumbe, nos enseñó a orar, a escuchar la Palabra de Dios, a abrir el corazón a los hermanos y a estar atentos al grito de los pobres. Este fue el entramado que sostuvo la vida de tantos hermanos que, como un regalo de la gracia, comprendimos que esa era nuestra tarea diaria. El cada día se convirtió en una referencia fundamental de la vocación. Resulta conmovedora la fidelidad de muchos hermanos y hermanas que, en medio del trajín cotidiano que supone el trabajo y las responsabilidades, encuentran tiempo para la soledad, el silencio y la escucha. Pablo d'Ors, promotor de Amigos del Desierto, dice algo maravilloso en una entrevista con 'Vida Nueva'⁶: "Si no introducimos capacidad de silencio y de escucha, de quitarnos cada uno de en medio, de contener el afán de intervención, es decir, si no somos contemplativos, la acción no va a ser acción del Espíritu Santo". Para ello, hay que hacer silencio y dejar que el corazón escuche. En algún momento, la vida espiritual nos pedirá que pronunciemos una palabra coherente y atinada, pero, sobre todo, nos pedirá que escuchemos.

Preocupación fundamental en el ejercicio del ministerio episcopal siempre fue escuchar y pedir a todos, a los presbíteros y agentes de pastoral, que escucharan. Por supuesto, la Palabra de Dios, lo que el Señor mueve y remueve para bien de la comunidad y de cada hermano; pero también escuchar lo que cada uno, desde su peculiar circunstancia, aporta para el bien de todos. Una palabra sabia exige escuchar a los sabios, una palabra fraterna exige escuchar al hermano, una palabra creyente nos pide escuchar a los maestros de la fe, una palabra en el Espíritu requiere que escuchemos a los que son iluminados por la gracia y el amor de Dios. La insistencia sobre la capacidad de escuchar y de escucharnos siempre nació de la desproporción entre la vida intensa y entregada de muchos cristianos comprometidos y el tiempo dedicado a la escucha y a la intimidad con Dios. La ausencia del silencio y de la escucha es sinónimo de una vida marcada por la mediocridad, el cansancio o el abandono.

Mecidos por las olas del hacer, de la eficacia y del éxito, puede que lo fundamental de la vida espiritual se quede fuera. Bueno sería que el tiempo cuaresmal fuera, sobre todo, un tiempo de escucha, de apertura del corazón a la Palabra de Dios y a las palabras de nuestros hermanos. Cuando la sombra de la cruz nos alcance y la luz de la Pascua se proyecte sobre nosotros, comprenderemos que la escucha no fue en balde. Al contrario, la relación personal con Jesús, la vigilancia a la que nos llama, nos habrán recordado que somos hijos amados del Padre y hermanos entre nosotros.

El texto evangélico del II Domingo de Cuaresma (Mt 17, 1-9), en lo alto del Tabor, nos recuerda palabras de Dios que son una auténtica teofanía: "Este es mi Hijo amado, en

⁶ VN, núm. 3.342, 2023, pp. 46-47.

quien me complazco: escuchadle”. La escucha nos liberará del miedo, pues quien escucha al Padre ya no vive en el temor.

Cuaresma, tiempo de encuentro

Hacer un camino de crecimiento personal, de conversión y de intimidad con Jesús, siempre requerirá una cierta dosis de paciencia y de esfuerzo. No se trata solo de comprender y de aceptar los propios límites o las dificultades que la vida nos plantea. Necesitamos algo más. Necesitamos cultivar la alteridad y el encuentro con Dios y con nuestros hermanos. Y, al mismo tiempo, dejarnos cuestionar por su amor. En el camino de la fe y de la vocación, juega un papel primordial la calidad moral, amorosa y fraterna de los demás. Los encuentros más decisivos son aquellos que cuestionan la honestidad y la generosidad de nuestra vida. No es cuestión de razones o de argumentos, ni siquiera de expresar nuestros deseos tantas veces equivocados, como si el amor pudiera imponerse o conquistarse.

Más bien, se trata de penetrar la vida interior del otro, descubrir la intención amorosa de su corazón y compartir con él la experiencia de un amor gratuito y fiel.

En este tema importa subrayar el valor de la palabra y de la mirada. El P. Pedro Arrupe solía decir: “Una mirada tuya bastará para cambiarme”. El evangelio también lo expresa de forma radical y bella: “Una sola palabra tuya bastará para sanarme”. Lo decimos cuando celebramos la eucaristía, cuando el encuentro con Jesús toca de forma privilegiada el corazón.

En el encuentro con Jesús, la mirada y la palabra, el abrazo de paz y la comunión, el compartir la mesa y el camino, van tejiendo una red extraordinaria de comunión y de encuentro, no en la superficie de la vida, sino en el fondo del corazón. El evangelio y la vida eclesial nos van mostrando la posibilidad de vivir encuentros privilegiados de confianza y de fraternidad. El encuentro con Jesús y con los hermanos siempre será desde abajo, desde la humilde certeza de que Dios bendice nuestro esfuerzo por ser amigos y hermanos.

De la mano del apóstol Pedro, descubrimos la gran distancia que hay entre las promesas de amor y la entrega de la vida. Pedro se había encontrado con Jesús a la orilla del lago, había pronunciado palabras hermosas de lealtad, pero lo cierto es que, cuando llega la hora de la verdad, prevalecen el miedo y el abandono. Frente al Jesús pascual, Pedro tendrá que responder a una segunda llamada más nítida y exigente: “¿Me amas más que estos?” (...), “¿me amas?” (...), “¿me quieres?” (Jn 21, 15 ss). Se da, por obra y gracia de la Pascua, el encuentro definitivo: “Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”. Pedro se convierte así en referente fundamental para cualquier cristiano que quiera encontrarse para siempre con Jesús.

Cuaresma, cruz y Pascua

Entre las tentaciones que Jesús sufre en el desierto (Jn 4, 1-13, texto del III Domingo de Cuaresma), está latente, aunque no se nombre, la tentación del abandono. Lo que el Maligno pretende es que Jesús se olvide del encargo recibido, del propósito de amor del Padre. Las piedras convertidas en pan, la adoración de la riqueza, del poder y de la gloria, el tentar a Dios, son el contrapunto de la obediencia y de la vida entregada por amor. Frente a semejante tentación, nos toca asumir nuestra vocación, nuestro destino creyente. También a cada uno de nosotros nos corresponde acoger el encargo y el proyecto de Dios, identificados con Jesús en su camino de dolor y de luz.

La devoción cristiana ha hecho del 'Via Crucis' un camino imprescindible de seguimiento piadoso y fiel. Cada estación deja en evidencia momentos y circunstancias dolorosas que acompañaron a Jesús en su camino hacia el Gólgota y que acompañan también la vida humana y la historia de un mundo cargado de sufrimientos. La trama evangélica del dolor (enfermos, pobres, mujeres, extranjeros, excluidos y malditos) sigue ahogando la condición humana. Son las cruces que deshumanizan al mundo y lo alejan del proyecto de Dios:

- Jóvenes que, a pesar de su cualificación académica y técnica, no logran entrever un futuro de esperanza, que fácilmente se pierden en el sinsentido de la vida.
- Personas indigentes y pobres, sin trabajo, sin hogar, sin oportunidades... cuantos engrosan las viejas y nuevas pobreza que Cáritas retrata cada día de forma descarnada (Informe FOESSA sobre exclusión y desarrollo social en España, 2025). Hoy asistimos a una sociedad del desasosiego, especialmente entre los jóvenes, que se refleja en múltiples dimensiones y tensiones (ecológicas, sociales y culturales). La desigualdad crece y la pobreza se cronifica.
- Enfermos físicos y mentales que claman por una salud pública de calidad, universal y gratuita en la que nadie quede abandonado o excluido.
- Mujeres sometidas a la violencia de género, cosificadas y destruidas.
- Migrantes y refugiados, cuyo único pecado es buscar una vida mejor para ellos y para sus hijos.

Y, sin embargo, a pesar del dolor que experimentamos cada día, los cristianos también nos hacemos eco del 'Via Lucis' que la Pascua nos anuncia. Algo que nos permite ser agentes de esperanza y de compromiso solidario en medio del mundo, que deja en evidencia las intenciones amorosas del corazón habitado por el amor de Dios. La Pascua, que transformó el corazón y la vida de la primera comunidad, nos lanza por los caminos de Galilea y de la ekumene a anunciar que Jesús sigue vivo y que su proyecto sigue en pie. De aquí la resistencia del cristiano ante la adversidad. El Via Lucis nos compromete de forma decisiva. A su luz, descubrimos algunas de nuestras tareas pendientes:

- El valor de la vida espiritual, ante un mundo dominado por los intereses del poder y del dinero, ante una cultura en la que el éxito individual nos aleja del bien común, interpersonal y comunitario.

- La necesidad de orar, de poner la vida, los sueños y los proyectos en las manos de Dios, de confiar en su presencia amorosa y fiel, de dejar que sea Él quien nos diga y nos marque el camino.
- El desafío de abrir los ojos y contemplar la realidad de forma justa y compasiva.
- La construcción de una Iglesia que –así lo señalaba el papa León XIV en Estambul–, aunque pequeña y humilde, tiene una misión grande: ser refugio, consuelo y presencia misericordiosa para cuantos hombres y mujeres necesitan vivir en amor, libertad y dignidad.
- Y, por ello, el cuidado de todo aquello que Dios ha puesto en nuestras manos. La cultura y la espiritualidad del cuidado marcan hoy la vida del cristiano. Un hombre feliz no es el que lo tiene todo, secuestrado por un exceso de estímulos y de ofertas, sino el que sabe desear lo que realmente importa: la propia vida interior, la fraternidad, la atención de los pobres y necesitados, el cuidado de la naturaleza, la paz, el desarrollo y la dignidad de los pueblos...

Frente a todo ello, un cristiano no puede vivir sonámbulo y distraído, ajeno al dolor humano, desentendido del evangelio y del compromiso de una fe liberadora. La Cuaresma puede ser una gran oportunidad para cambiar la vida, levar anclas y navegar mar adentro. Una Cuaresma interior nos ayudará a dar sentido a nuestros signos, ritos y celebraciones, pero, sobre todo, nos permitirá mantener viva la esperanza de la Luz y ser luz cada día a favor de nuestros hermanos y de nuestro pueblo.

COMUNICACIÓN

Custodiar voces y rostros humanos⁷

León XIV

Queridos hermanos y hermanas:

El rostro y la voz son rasgos únicos, distintivos, de cada persona; manifiestan su propia identidad irrepetible y son el elemento constitutivo de todo encuentro. Los antiguos lo sabían bien. Así, para definir a la persona humana, los antiguos griegos utilizaron la palabra “rostro” (*prósōpon*), que etimológicamente indica aquello que está a la vista, el lugar de la presencia y de la relación. El término latino *persona* (de *per-sonare*) incluye en cambio el sonido; no un sonido cualquiera, sino la voz inconfundible de alguien.

El rostro y la voz son sagrados. Nos han sido dados por Dios, que nos ha creado a su imagen y semejanza, llamándonos a la vida con la Palabra que Él mismo nos ha dirigido. Palabra que resonó primero a través de los siglos en las voces de los profetas, y luego se hizo carne en la plenitud de los tiempos. Esta Palabra —esta comunicación que Dios hace de sí mismo— la hemos podido escuchar y ver directamente (cf. *1 Jn* 1,1-3), porque se dio a conocer en la voz y en el rostro de Jesús, Hijo de Dios.

Desde el momento de su creación, Dios ha querido al hombre como su interlocutor y, como dice san Gregorio de Nisa⁸, ha impreso en su rostro un reflejo del amor divino, para que pueda vivir plenamente la propia humanidad mediante el amor. Por tanto, custodiar rostros y voces humanas significa conservar este sello, este reflejo indeleble del amor de Dios. No somos una especie hecha de algoritmos bioquímicos definidos de antemano. Cada uno de nosotros tiene una vocación insustituible e inimitable que surge de la vida y que se manifiesta precisamente en la comunicación con los demás.

⁷ Mensaje del Papa para la IX Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, publicado el 24 de enero de 2026.

⁸ El hecho de ser creados a imagen de Dios significa que, al hombre, desde el momento de su creación, le ha sido impreso un carácter real [...]. Dios es amor y fuente de amor; el divino Creador también ha puesto este rasgo en nuestro rostro, para que mediante el amor —reflejo del amor divino— el ser humano reconozca y manifieste la dignidad de su naturaleza y la semejanza con su Creador” (cf. S. Gregorio de Nisa, *La creación del hombre*: PG 44, 137).

La tecnología digital, cuando se falla en su cuidado, se corre el riesgo de modificar radicalmente algunos de los pilares fundamentales de la civilización humana, que a veces damos por descontado. Simulando voces y rostros humanos, sabiduría y conocimiento, conciencia y responsabilidad, empatía y amistad, los sistemas conocidos como inteligencia artificial no solo interfieren en los ecosistemas informativos, sino que también invaden el nivel más profundo de la comunicación, el de la relación entre las personas.

El desafío, por tanto, no es tecnológico sino antropológico. Custodiar los rostros y las voces significa, en última instancia, cuidarnos a nosotros mismos. Acoger con valentía, determinación y discernimiento las oportunidades que ofrecen la tecnología digital y la inteligencia artificial no significa ocultar para nosotros mismos los puntos críticos, las opacidades, los riesgos.

No renunciar al pensamiento propio.

Desde hace tiempo existen múltiples pruebas de que algoritmos proyectados para maximizar la implicación en las redes sociales —redituable para las plataformas— premian emociones rápidas y penalizan en cambio expresiones humanas que necesitan tiempo, como el esfuerzo por comprender y la reflexión. Encerrando grupos de personas en burbujas de fácil consenso y fácil indignación, estos algoritmos debilitan la capacidad de escucha y de pensamiento crítico y aumentan la polarización social.

A esto se sumó una confianza ingenuamente acrítica en la inteligencia artificial como “amiga” omnisciente, dispensadora de toda información, archivo de toda memoria, “oráculo” de todo consejo. Todo esto puede desgastar aún más nuestra capacidad de pensar de modo analítico y creativo, de comprender los significados, de distinguir entre sintaxis y semántica.

Aunque la IA puede proporcionar apoyo y asistencia en la gestión de tareas comunicativas, eludir el esfuerzo de pensar por nosotros mismos y conformarnos con una recopilación estadística artificial, a la larga corre el riesgo de erosionar nuestras capacidades cognitivas, emocionales y comunicativas.

En los últimos años, los sistemas de inteligencia artificial están asumiendo cada vez más el control de la producción de textos, música y vídeos. Gran parte de la industria creativa humana corre así el riesgo de ser desmantelada y sustituida por la etiqueta “*Powered by AI*”, convirtiendo a las personas en meros consumidores pasivos de pensamientos no pensados, de productos anónimos, sin autoría, sin amor. Mientras que las obras maestras del genio humano en el campo de la música, el arte y la literatura se reducen a un mero campo de entrenamiento para las máquinas.

La cuestión que nos importa, sin embargo, no es en lo que logra o logrará hacer la máquina, sino qué podemos o podremos hacer nosotros, creciendo en humanidad y conocimiento, con un sabio uso de instrumentos tan poderosos a nuestro servicio. Desde siempre, el hombre se ha visto tentado a apropiarse del fruto del conocimiento sin el esfuerzo que supone el compromiso, la investigación y la responsabilidad personal. Sin

embargo, renunciar al proceso creativo y ceder a las máquinas nuestras funciones mentales y nuestra imaginación significa enterrar los talentos que hemos recibido para crecer como personas en relación con Dios y con los demás. Significa ocultar nuestro rostro y silenciar nuestra voz.

Ser o fingir: simulación de las relaciones y de la realidad

A medida que nos desplazamos por nuestros flujos de información (*feeds*), cada vez es más difícil saber si estamos interactuando con otros seres humanos o con “*bots*” o “*influencers*” virtuales. Las intervenciones opacas de estos agentes automatizados influyen en los debates públicos y en las decisiones de las personas. En particular, los *chatbots* basados en grandes modelos lingüísticos (LLM), se están demostrando ser sorprendentemente eficaces en la persuasión oculta, mediante una optimización continua de la interacción personalizada. La estructura dialógica y adaptativa, mimética, de estos modelos lingüísticos es capaz de imitar los sentimientos humanos y simular así una relación. Esta antropomorfización, que puede resultar incluso divertida, es al mismo tiempo engañosa, sobre todo para las personas más vulnerables. Porque los *chatbots* excesivamente “afectuosos”, además de estar siempre presentes y disponibles, pueden convertirse en arquitectos ocultos de nuestros estados emocionales y, de este modo, invadir y ocupar la esfera de la intimidad de las personas.

La tecnología que se aprovecha de nuestra necesidad de relacionarnos no solo puede tener consecuencias dolorosas para el destino de las personas, sino que también puede dañar el tejido social, cultural y político de las sociedades. Esto ocurre cuando sustituimos las relaciones con los demás por relaciones con IA entrenadas para catalogar nuestros pensamientos y, por lo tanto, para construir a nuestro alrededor un mundo de espejos, donde todo está hecho “a nuestra imagen y semejanza”. De este modo, nos privamos de la posibilidad de encontrar al otro, que siempre es diferente a nosotros y con el que podemos y debemos aprender a relacionarnos. Sin la aceptación de la alteridad no puede haber ni relación ni amistad.

Otro gran desafío que plantean estos sistemas emergentes es el de la parcialidad (en inglés: *bias*), que lleva a adquirir y transmitir una percepción alterada de la realidad. Los modelos de la IA están moldeados por la visión del mundo de quienes los construyen y, a su vez, pueden imponer formas de pensar que replican los estereotipos y prejuicios presentes en los datos de los que se nutren. La falta de transparencia en el diseño de los algoritmos, junto con la representación social inadecuada de los datos, tiende a mantenernos atrapados en redes que manipulan nuestros pensamientos y perpetúan y profundizan las desigualdades y las injusticias sociales existentes.

El riesgo es grande. El poder de la simulación es tal que la inteligencia artificial también puede engañarnos con la fabricación de “realidades” paralelas, apropiándose de nuestros rostros y nuestras voces. Estamos inmersos en una multidimensionalidad, donde cada vez es más difícil distinguir la realidad de la ficción.

A esto se suma el problema de la falta de precisión. Los sistemas que hacen pasar una probabilidad estadística por conocimiento nos ofrecen, en realidad, como mucho,

aproximaciones a la verdad, que a veces son auténticas “alucinaciones”. La falta de verificación de las fuentes, junto con la crisis del periodismo de campo, que implica un trabajo continuo de recopilación y verificación de información en los lugares donde ocurren los acontecimientos, puede favorecer un terreno aún más fértil para la desinformación, provocando una creciente sensación de desconfianza, desconcierto e inseguridad.

Una posible alianza

Detrás de esta enorme fuerza invisible que nos involucra a todos, hay solo un puñado de empresas, aquellas cuyos fundadores han sido recientemente presentados como los creadores de la “persona del año 2025”, es decir, los arquitectos de la inteligencia artificial. Esto suscita una importante preocupación por el control del oligopolio de los sistemas algorítmicos y de inteligencia artificial capaces de orientar sutilmente los comportamientos e incluso reescribir la historia de la humanidad —incluida la historia de la Iglesia— a menudo sin que nos demos cuenta realmente.

El desafío que nos espera no es el de detener la innovación digital sino el de guiarla, y en ser conscientes de su carácter ambivalente. Corresponde a cada uno de nosotros alzar la voz en defensa de las personas humanas para que estos instrumentos puedan realmente ser integrados por nosotros como aliados.

Esta alianza es posible, pero necesita fundamentarse en tres pilares: *responsabilidad*, *cooperación* y *educación*.

En primer lugar, la *responsabilidad*. Según las funciones, esta puede traducirse en honestidad, transparencia, valentía, capacidad de visión, deber de compartir conocimientos, derecho a estar informado. Pero, en general, nadie puede eludir su responsabilidad ante el futuro que estamos construyendo.

Para quienes están en la cúspide de las plataformas *online* esto significa asegurarse de que las propias estrategias empresariales no estén guiadas por el único criterio del máximo beneficio, sino también por una visión de futuro que tenga en cuenta el bien común del mismo modo que cada uno de ellos se preocupa por el bienestar de sus hijos.

A los creadores y programadores de modelos de la IA se les pide transparencia y responsabilidad social respecto a los principios de planificación y a los sistemas de moderación que están en la base de sus algoritmos y de los modelos diseñados con el fin de favorecer un consentimiento informado por parte de los usuarios.

La misma responsabilidad se exige también a los legisladores nacionales y a las entidades reguladoras supranacionales, a quienes compete vigilar sobre el respeto de la dignidad humana. Una reglamentación adecuada puede proteger a las personas, de crear vínculos emocionales con los *chatbots* y contener la difusión de contenidos falsos, manipuladores o confusos, preservando la integridad de la información frente a una simulación engañosa de la misma.

Las agencias de noticias y los medios de comunicación no pueden permitir que los algoritmos orientados a ganar a toda costa la batalla por unos segundos más de atención, prevalezcan sobre la fidelidad a sus valores profesionales, orientados a la búsqueda de la verdad. La confianza del público se gana con precisión y transparencia, no con la búsqueda de cualquier tipo de implicación. Los contenidos generados o manipulados por la IA deben señalarse y distinguirse claramente de los contenidos creados por personas. Debe protegerse la autoría y la propiedad soberana del trabajo de los periodistas y otros creadores de contenidos. La información es un bien público. Un servicio público constructivo y significativo no se basa en la opacidad, sino en la transparencia de las fuentes, la inclusión de las partes implicadas y un alto nivel de calidad.

Todos estamos llamados a *cooperar*. Ningún sector puede afrontar por sí solo el desafío de guiar la innovación digital y la forma de gobernar la IA. Es necesario, por tanto, crear mecanismos de protección. Todas las partes interesadas —desde la industria tecnológica a los legisladores, desde las empresas creativas al mundo académico, desde los artistas a los periodistas y a los educadores— deben implicarse en construir y hacer efectiva una ciudadanía digital consciente y responsable.

A esto mira la *educación*: a aumentar nuestras capacidades personales de reflexión crítica; evaluar la credibilidad de las fuentes y los posibles intereses que están detrás de la selección de información que nos llega; comprender los mecanismos psicológicos que se activan ante ello; a permitir a nuestras familias, comunidades y asociaciones elaborar criterios prácticos para una cultura de la comunicación más sana y responsable.

Precisamente por esto es cada vez más urgente introducir en los sistemas educativos de cada nivel también la alfabetización en los medios de comunicación, en los medios de información y en la IA, que algunas instituciones civiles ya están promoviendo. Como católicos, podemos y debemos aportar nuestra contribución para que las personas, especialmente los jóvenes, adquieran la capacidad de pensar críticamente y crezcan en la libertad del espíritu. Esta alfabetización también debería integrarse en iniciativas más amplias de educación permanente, llegando también a las personas mayores y a los miembros marginados de la sociedad, que a menudo se sienten excluidos e impotentes ante los rápidos cambios tecnológicos.

La alfabetización en los medios de comunicación, de información y en la IA ayudará a todos a no adaptarse a la deriva antropomorfizante de estos sistemas, sino a tratarlos como herramientas, a utilizar siempre una validación externa de las fuentes —que podrían ser imprecisas o erróneas— proporcionadas por los sistemas de IA, a proteger su privacidad y sus datos conociendo los parámetros de seguridad y las opciones de impugnación. Es importante educar y educarse a usar la IA en modo intencional y, en este contexto, cuidar la propia imagen (foto y audio), el propio rostro y la propia voz, para evitar que vengán utilizados en la creación de contenidos y comportamientos dañosos como estafas digitales, ciberacoso, *deepfakes* que violan la privacidad y la intimidad de las personas sin su consentimiento. Al igual que la revolución industrial exigía una alfabetización básica para que las personas pudieran reaccionar ante las novedades, la revolución digital también requiere una alfabetización digital (junto con una formación humanística y cultural) para comprender cómo los algoritmos modelan nuestra percepción de la realidad, cómo funcionan los prejuicios de la IA, cuáles son los

mecanismos que determinan la aparición de determinados contenidos en nuestros flujos de información (*feeds*), cuáles son y cómo pueden cambiar los supuestos y modelos económicos de la economía de la IA.

Necesitamos que el rostro y la voz vuelvan a expresar a la persona. Necesitamos custodiar el don de la comunicación como la verdad más profunda del hombre, hacia la cual orientar también toda innovación tecnológica.

Al proponer estas reflexiones, agradezco a quienes están trabajando por los fines aquí expuestos y bendigo de corazón a todos los que trabajan por el bien común con los medios de comunicación.

Vaticano, 24 de enero de 2026, memoria de san Francisco de Sales.



Una Ratio para el futuro

Decreto de promulgación de la nueva edición⁹

Fabio Attard, SDB
Rector Mayor

El artículo de las Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales con el que comienza la tercera parte «Formados para la misión de educadores y pastores» nos da el horizonte evangélico, eclesial y salesiano en el que se sitúa y debe entenderse «La formación de los Salesianos de Don Bosco - Principios y normas - *Ratio Fundamentalis Institutionis et Studiorum*».

«Jesús llamó personalmente a sus Apóstoles para que estuvieran con Él y para enviarlos a proclamar el Evangelio. Los fue preparando con amor paciente y les dio el Espíritu Santo, a fin de que los guiase hacia la plenitud de la verdad. También a nosotros nos llama a vivir en la Iglesia el proyecto de nuestro Fundador, como apóstoles de los jóvenes. Respondemos a esta llamada con el esfuerzo de una formación adecuada y continua, para la que el Señor nos da a diario su gracia» (C 96).

La *Ratio* es un texto para leer y conocer, pero es, sobre todo, un proceso en el que entrar y hacer propio, siguiendo el ejemplo de la primera sequela evangélica y de quien primero acogió y transmitió el carisma de Don Bosco, abrazando la vida salesiana. De ahí también la elección de esta fecha, el 26 de enero, para la promulgación oficial del documento. Es, de hecho, la semilla a partir de la cual comenzó el proceso que llevó gradualmente al nacimiento de nuestra Congregación. Da testimonio de ello quien luego será llamado a ser el primer sucesor de Don Bosco, cuando tenía apenas 16 años, el 26 de enero de 1854:

«La tarde del 26 de enero de 1854 nos reunimos en la habitación del Sr. D. Bosco; el mismo Don Bosco, Rocchietti, Artiglia, Cagliero y Rua; y se nos propuso hacer con la ayuda del Señor y de S. Francisco de Sales una prueba de ejercicio práctico de la caridad hacia el prójimo, para llegar luego a una promesa, y después, si parece posible y

⁹ Texto de promulgación de la 5ª edición de «La Formación de los Salesianos de Don Bosco», firmado en Roma el 26 de enero de 2026.

conveniente, hacer un voto al Señor. Desde esa tarde se dio el nombre de salesianos a aquellos que se propusieron y se propondrán tal ejercicio».

Es una fecha con un fuerte valor simbólico, que nos impulsa a retomar con renovado entusiasmo el camino de nuestra formación, sea cual sea la estación de la vida en la que nos encontremos. Aquel «ejercicio práctico de la caridad hacia el prójimo», que de hecho se convirtió en promesa y voto al Señor, ha llegado a nosotros como vocación y misión salesiana con toda la riqueza de santidad e historia que ha marcado la sucesión de las décadas hasta hoy de la Congregación, de los cuales somos actores y testigos.

También el impulso que dio inicio al proceso de revisión y reescritura del texto de esta V edición de la *Ratio* tiene una inspiración cercana a la humilde, pero tan fecunda, de 1854.

El papa Francisco en su discurso al CG28 hablando de la «opción Valdocco» había indicado una clara dirección de futuro para la formación: «Es importante sostener que no se nos forma para la misión, sino que se nos forma en la misión; a partir de ella gira toda nuestra vida, con sus opciones y sus prioridades. La formación inicial y la permanente no pueden ser una instancia previa, paralela o separada de la identidad y de la sensibilidad del discípulo. La misión inter gentes es nuestra mejor escuela: desde ella rezamos, reflexionamos, estudiamos, descansamos» [Roma Letrán, 4 marzo 2020].

Don Ángel Fernández Artime, en las líneas programáticas para la Congregación después del CG28, pidió al Sector de Formación que llevase a cabo «un serio y exigente trabajo de actualización de la *Ratio*, potenciando lo que favorece la integración entre la formación y la misión e impide la formación de una brecha entre las dos dimensiones» [AGC 433, p. 34].

Hoy la misión está compartida con muchas personas que, por diversos motivos, están involucradas en la misma pasión educativa que Don Bosco sigue transmitiendo con su carisma. Pero, precisamente por esta creciente proximidad con un gran número de laicos y miembros de la Familia Salesiana en el mundo, que refleja la eclesiología sinodal y de comunión que anima a la Iglesia, a nosotros Salesianos se nos pide una fidelidad cada vez mayor y transparencia carismática. Vivir la «promesa» y el «voto» que nos distinguen como Salesianos consagrados es la «forma» con la que podemos contribuir mejor a la misión, para renovarla y hacerla cada vez más fecunda desde su interior.

La *Ratio* nos guía en este camino. Presenta las orientaciones y directrices fundamentales para la formación a la vida religiosa salesiana apostólica.

Es el documento normativo que «expone y desarrolla, de modo orgánico y didáctico, el conjunto de principios y normas de formación que se encuentran en las Constituciones, en los Reglamentos generales y en otros documentos de la Iglesia y de la Congregación» (R 88).

En consecuencia, obtenida el 22 de diciembre de 2025 la aprobación del Consejo General conforme al art. 88 de los Reglamentos generales, y en virtud de la autoridad que me es propia, con el presente Decreto promulgo hoy, 26 de enero de 2026, la V edición de «La

formación de los Salesianos de Don Bosco - Principios y normas - *Ratio Fundamentalis Institutionis et Studiorum*».

En la tercera parte del texto se integran, después de haber sido reescritos en consonancia con las dos partes anteriores, los *Criterios y normas para el discernimiento vocacional salesiano - Admisiones*, que en la edición anterior habían sido publicados en un volumen aparte.

Las disposiciones contenidas en este texto entran en vigor según el derecho universal y deben ser observadas con fidelidad en toda la Congregación.

La *Ratio* representa un elemento de cohesión para nuestra Congregación en la gran variedad de sus contextos en el mundo. Es deseo mío y del Consejo General que a este texto de referencia sigan instrumentos y subsidios capaces de favorecer la inculturación y la difusión de los procesos formativos en las diversas realidades y etapas de la vida salesiana.

La nueva *Ratio* es parte de nuestra respuesta continua al amor de Dios y es fruto de la colaboración y de la generosidad de innumerables hermanos y laicos que comparten con nosotros el espíritu y la misión. En el momento en que se entrega a la Congregación, invocamos la intercesión de María Inmaculada Auxiliadora, de San José, de Don Bosco y de todos los miembros glorificados de nuestra Congregación, de la Familia y del Movimiento Salesiano. Que nos sostengan en nuestro compromiso de vivir el sueño de Don Bosco y de dedicar nuestra vida al servicio de aquellos a quienes Dios nos envía.

La cultura del encuentro como ética social¹⁰

Sebastián Mora Rosado¹¹

El desencuentro parece imponerse en nuestras sociedades contemporáneas, mientras la «cultura del descarte» y la «globalización de la indiferencia» ganan presencia tanto en los imaginarios colectivos como en la realidad histórica. Frente a este panorama, la «cultura del encuentro» se plantea como una ética social orientada a construir un nosotros inclusivo. Este artículo propone una aproximación dual –crítica y propositiva– a dicha cultura. Por un lado, examina las condiciones sociales y económicas necesarias para que una auténtica cultura del encuentro sea posible; por otro, ofrece una propuesta articulada desde tres ejes: la ética de la hospitalidad, la dimensión comunitaria de la existencia y la participación en la vida política.

El «desencuentro» parece que se revela como una de las características de nuestro mundo. Desencuentro que atraviesa las relaciones familiares más cercanas, las relaciones comunitarias y que llega a los procesos sistémicos más abstractos dando inicio, en palabras del Papa Francisco en *Evangelii gaudium*, a la «cultura del descarte que, además, se promueve» (EG, 53). Una cultura en la que «los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”» (*Ibid.*).

La cultura del descarte no se dirime únicamente en las simpatías personales, las dimensiones emocionales de lo social o en las similitudes ideológicas, sino que se presenta como una compleja constelación económico-social que expulsa como «desechos humanos» a millones de personas, que sacrifica a poblaciones vulnerables como precio necesario para nuestro bienestar y que considera «colectivos abyectos» a las personas diferentes por razones religiosas, étnicas, nacionales o de orientación sexual.

La cultura del encuentro, como propuesta contra el descarte, es una ética social que «privilegia el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin

¹⁰ Artículo publicado en ‘Sal Terrae’, núm. 113 (2025), pp. 695-707.

¹¹ Universidad Pontificia Comillas.

exclusiones» (EG, 239). Es decir, está atenta a las dimensiones estructurales socioeconómicas, tanto como a las comunitarias, culturales, religiosas y personales.

Por ello, reflexionar sobre la cultura del encuentro exige una doble tarea: la crítica y la propositiva. Porque hablar de cultura del encuentro presupone partir de la crítica social para analizar las condiciones de posibilidad del encuentro; para posteriormente, plantear una propuesta normativa y socialmente fundada.

Esta doble tarea la desarrollaremos en dos apartados que hay que comprenderlos desde su interrelación, aunque puedan leerse con una cierta independencia. No podemos olvidar que en la cultura del encuentro nos jugamos la vida plena del ser humano, porque, como se destaca en *Fratelli tutti*, «la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad» (FT, 87).

1. Barreras para una «cultura del encuentro»

La tarea crítica se pregunta por las condiciones de posibilidad de la cultura del encuentro en nuestro mundo. Esta tarea debe interrogarse sobre las condiciones socioeconómicas que construyen o derriban puentes; los espacios que posibilitan o inhabilitan los encuentros; el dinamismo del tiempo que los facilita o dificulta; y los imaginarios sociales y las sensibilidades existenciales que conforman la gramática moral que impulsa o destruye la cultura del encuentro.

1.1. Los puentes derribados: abismos y disparidades hirientes

¿Es posible hablar del encuentro cuando el «abismo entre las extremadas riquezas y la extremada indigencia» (RN,33) no para de crecer? ¿Podemos promover la cultura del encuentro en un mundo atravesado por «el escándalo de las *disparidades hirientes*, no solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder» (PP, 10)? ¿En un mundo con un «aumento sistémico de las desigualdades entre grupos sociales dentro de un mismo país y entre las poblaciones de los diferentes países» (CV, 32) es plausible idealizar la cultura del encuentro? ¿Seremos capaces de no caer en una sociedad del desencuentro cuando «la visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad» (LS 82)?

Llegar a postular una cultura del encuentro en un mundo fracturado por el «abismo de las desigualdades», las «disparidades hirientes» y sufriendo «injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad» es poco honrado. Las desigualdades han derribado los puentes y han ensanchado las distancias sociales imposibilitando unas mínimas circunstancias para la cultura del encuentro.

Necesitamos desvelar los procesos económicos, sociales y políticos que están expulsando y descartando a millones de seres humanos; en el fondo, vivimos una *necropolítica* que, como afirma Mbembe¹², consiste en la «capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir». Esta es la máxima expresión de la cultura del descarte. Lo podemos observar en Gaza, en los conflictos olvidados en África, en las fronteras de nuestros países desarrollados, en el olvido de las personas más vulnerables.

En un contexto global de guerra, violencia, desigualdades y odios las sociedades deciden que vidas merecen ser lloradas y cuales pueden caer en el olvido¹³. Hay sufrimientos que cuentan y otros que no merecen ser llorados. Desde la praxis social y política valoramos que hay personas que pertenecen a la especie humana, pero excluidas de la dignidad humana. Pertenecen a la «hominitas», pero no a la «humanitas». Como afirmaba Francisco en *Fratelli tutti*, refiriéndose a las personas migrantes, “nunca se dirá que no son humanos, pero, en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se los considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos (FT, 39).

Estamos legitimando un mundo que divide, expulsa, olvida y descarta a millones de seres humanos. En este entramado sistémico podemos llegar a proponer «islas u oasis para el encuentro», pero no podemos obviar que se producen en los mares y desiertos del desencuentro, la fractura y la desigualdad.

1.2. Los no-lugares: ¿espacios para el encuentro?

Augé¹⁴, en un libro ya clásico, analizaba la transformación de los espacios y los definía como «no lugares antropológicos». No son lugares humanizadores, es decir, no permiten el arraigo, la construcción de comunidad o de sentido compartido. Los sujetos que lo transitan no se relacionan entre sí; están ahí de forma individual y pasajera. Si llegan a potenciar alguna relación es superficialidad. El problema es que estos espacios han ganado terreno y han colonizado gran parte de nuestras vidas. Los lugares de trabajo, de celebración religiosa –en muchos casos convertidos en espacios de tránsito sacramental sin comunidad– e incluso las esferas de proximidad se han visto asaltados por dinámicas de distancia social.

Asimismo, dichas transformaciones han ido de la mano de una progresiva segmentación y privatización del espacio público. La segregación residencial, derivada de la profunda crisis de vivienda, está marcando distancias físicas y relacionales inmensas que dividen a las personas por clase social, territorio o procedencia de nacimiento. Ya no solo se trata de desigualdad socioeconómica, sino de la construcción de distancias sociales insalvables¹⁵ que dividen, segregan y alejan a las personas.

¹² A. MBZWZ, *Necropolítica*, Melusina, Santa Cruz de Tenerife 2011.

¹³ J. Butlzer, *Marcos de guerra: las vidas lloradas*, Paidós, Barcelona 2010, 272.

¹⁴ A. Augé, *Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona 2000.

¹⁵ D. SoRARDÓ y J. IZAL, (2019). «Distantes y desiguales: El declive de la mezcla social en Barcelona y Madrid»: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 167 (2019), 125-148.

La emergencia de los no lugares, como espacios del anonimato, acompañados de la segregación espacial, que distancia y divide, se ha visto potenciada por una nueva espacialidad digital. Vivimos en un mundo «on life» (Floridi) que va más allá de los momentos de conexión *on line* u *off line*. La relacionalidad digital nos envuelve más allá de nuestra voluntad porque «vivimos, nos movemos y existimos» en el mundo virtual. Como afirma Sadin¹⁶ nuestras relaciones se han vuelto «espectrales» desde la confusión de los flujos de la vida y los flujos digitales convirtiendo a las otras personas en espectros fantasmagóricos que aparecen y desaparecen sin dejar huella.

En *Fratelli tutti*, nos alertaba el Papa Francisco sobre las «relaciones digitales, que eximen del laborioso cultivo de una amistad, de una reciprocidad estable, e incluso de un consenso que madura con el tiempo, tienen apariencia de sociabilidad. No construyen verdaderamente un “nosotros” sino que suelen disimular y amplificar el mismo individualismo que se expresa en la xenofobia y en el desprecio de los débiles. La conexión digital no basta para tender puentes, no alcanza para unir a la humanidad» (FT, 43).

Una cultura del encuentro tiene que habérselas con estas profundas transformaciones espaciales que dificultan y contraen las posibilidades del encuentro humano de forma intensa, hasta llegar a imposibilitarlas.

1.3. La «rapidación» de la existencia

Vivimos en un régimen temporal que no está articulado en términos éticos y antropológicos. La «rapidación», anunciada en *Laudato si*, configura nuestra existencia y nuestra relacionalidad. «A la continua aceleración de los cambios de la humanidad y del planeta se une hoy la intensificación de ritmos de vida y de trabajo, en eso que algunos llaman “rapidación”» (LS, 18) y, no podemos perder de vista, «que los objetivos de ese cambio veloz y constante no necesariamente se orientan al bien común y a un desarrollo humano, sostenible e integral» (LS, 18).

Rosa¹⁷ ha teorizado críticamente «esta aceleración social que conduce a formas de alineación social graves y empíricamente observables que pueden ser consideradas como el obstáculo principal para la realización del concepto de una buena vida en la sociedad tardomoderna». Pese a la sensación de libertad, la lógica de la aceleración social llega a «regular, dominar y reprimir» nuestra relación con nosotros mismos, con los otros, con la naturaleza y con la transcendencia. Esta «aceleración del ritmo de vida (...) es la consecuencia del deseo o necesidad sentida de hacer más cosas en menos tiempo»¹⁸. Hay una priorización de las unidades de experiencias relacionales más que de un encuentro profundo con las personas, existe una prevalencia de lo líquido sobre lo sólido y hay una necesidad infinita de seguir creciendo en experiencias.

¹⁶ E. SADI, *La vida espectral. Pensar la era del metaverso y las inteligencias artificiales generativas*. Caja Negra. Buenos Aires 2023.

¹⁷ H. ROSA, *Alienación y Aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz, Madrid 2016, 11.

¹⁸ *Op. cit.* 31.

El aroma del tiempo es necesario para la vivencia profunda de lo humano, para la vinculación antropológica con los otros, para una sana relación con la «Madre Tierra» y para el encuentro con lo totalmente Otro que nos sostiene y alienta. «El “tiempo”, ampliamente considerado, hace referencia a la plenitud como expresión del horizonte que se nos abre» (EG, 222) y se convierte en condición necesaria para la cultura del encuentro.

1.4. Imaginarios sociales y sensibilidades existenciales

Una de las grandes contradicciones de nuestras sociedades se manifiesta en la forma en que gestionamos nuestras emociones colectivas que no dejan de expresarse de ambivalente.

En primer lugar, esta emergencia emocional se despliega, paradójicamente, como gestión de la frialdad en las emociones colectivas. Es relevante descubrir como la frialdad y sentimentalismo¹⁹ forman parte del mismo imaginario social y se condensa en una compleja sensibilidad existencial. Como dice Maiso, en nuestras sociedades desarrolladas vivimos en «un estado del alma en el que la indiferencia es crónica, mientras que la sensiblería emerge tan solo de manera intermitente evidenciando una función compensatoria»²⁰. El «sentimentalismo sin piedad» (Alba Rico) nos permite vivir con normalidad las atrocidades violentas en Tierra Santa o en Ucrania, nos vacuna frente a las hambrunas crónicas del Cuerno de África, o naturaliza el sufrimiento de las personas migrantes en los mares y fronteras; porque reproducimos socialmente una «empatía selectiva» (Maiso) que define en el campo de lo social diferentes respuestas al sufrimiento de manera compensatoria. Una forma de construir frialdad es intensificando un sentimentalismo superficial con unas realidades y deportando al olvido otras situaciones objetivamente más agudas. «El sufrimiento de los grupos sociales hegemónicos tiende a ocupar el centro de la política mientras que el sufrimiento de los grupos subalternos queda situado en los arrabales»²¹. A fuerza de comprometernos emocionalmente desde un régimen atencional selectivo acabamos «fatigando la compasión» para los demás que en la mayoría de las ocasiones son los más vulnerables. Lo que parece un desgaste emocional no es más que una «compasión inocua» (Sontang) que construye frialdad colectiva. Adorno, en su *Dialéctica Negativa*²², argumentaba como la frialdad colectiva fue un principio básico para que Auschwitz fuese posible. Sin esa frialdad colectiva no podríamos sostener la cultura del descarte. A fuerza del desgaste emocional, con los elegidos, construimos la indiferencia hacia los excluidos de nuestros círculos. «Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia» (EG, 54).

¹⁹ Para este apartado J. MAISO, «Sobre la producción y reproducción social de la frialdad», en J.A. ZAMORA, R. MATZ Y J. MAISO (eds.), *Las víctimas como precio necesario*. Trotta, Madrid 2016, 51-71.

²⁰ *Op. cit.* 64.

²¹ A. MADRID, *La política y la justicia del sufrimiento*. Mínima Trotta, Madrid 2012, 13.

²² T. W. ADORNO, *Dialéctica negativa*. Taurus, Madrid. 1975.

Pero, al mismo tiempo, esta «compasión inocua» se despliega como «emoción polarizante»²³. Es lo que en ciencias sociales se denomina polarización afectiva que se construye desde los sentimientos y las emociones como «adhesión social de las personas a ese grupo social, y no tanto en sus preferencias por determinadas políticas públicas y por los posicionamientos sobre los grandes temas de debate»²⁴. Esta polarización, este desencuentro colectivo, muestra nuestra identidad emotiva, las formas argumentales que usamos para defender nuestras posturas y las actitudes de escucha u sordera hacia opiniones diferentes.

En definitiva, esta polarización afectiva agranda la distancia entre los «nuestros» y los «otros» desde los sesgos ideológicos y de creencia, desde la intensificación de las respuestas emocionales y desde el incremento de la expresividad simbólica-identitaria. Además, y esto es muy relevante, tiene un movimiento hacia dentro –intragrupo– que potencia la identificación ciega hacia los míos y otro hacia fuera, que activa la hostilidad hacia los otros. En la medida que los procesos de identificación son más densos, los dinanismos de hostilidad son más intensos. Las identidades nacionalistas, religiosas, políticas, étnicas, de género, de clase social se construyen en esta doble dirección: con nosotros contra ellos. Que lejos del deseo de Francisco: «Ojalá que al final ya no estén “los otros”, sino sólo un “nosotros”» (FT,35).

Tras esta breve «tarea crítica», orientada a analizar los obstáculos y cortafuegos que dificultan el arraigo de una cultura del encuentro en nuestras sociedades –a partir de las brechas dolorosas de la desigualdad; las transformaciones de los «espacios» como escenarios del encuentro humano; el dinamismo del tiempo, que en su acelerada ausencia erosiona los vínculos sociales; y, finalmente, la irrupción de una sociedad paradójicamente emotiva, la tarea que ahora se impone adquiere un carácter constructivo. ¿Cómo construir cultura del encuentro?

2. La construcción de la cultura del encuentro

La cultura del encuentro, entendida como ética social, requiere un marco teórico con contenido normativo; es decir, una propuesta sobre lo que consideramos una realización valiosa de lo humano –una vida buena– que conlleva una orientación normativa. Esta dimensión normativa puede entenderse en dos sentidos. En primer lugar, se contrapone a lo meramente instrumental o utilitario: no se trata solo de reflexionar sobre el vínculo social como hecho, sino de partir de él para pensar el vínculo moral. No es simplemente que estemos socialmente conectados, sino que somos interpelados por una «ob-ligación», es decir, estamos «ob-ligados» hacia los demás. No simplemente coexistimos, la llamada es a convivir²⁵. En segundo lugar, lo normativo implica un carácter exhortativo: se trata

²³ Para un desarrollo más amplio: S. MoRA, (2024). «As constelações da polarização: unha sociedade do desencuentro». Encrucillada, (237), 5–19.

²⁴ M. TORCAI, (2023). *De votantes a hooligans. La polarización política en España*. Los Libros de la Catarata, Madrid 2023. 17.

²⁵ Sin duda, en España convivimos personas de distintas procedencias geográficas; hay creyentes de diversas religiones, así como personas ateas o indiferentes a lo religioso; coexisten múltiples ideologías y una pluralidad de etnias. Ahora bien, la tarea que se nos plantea no es simplemente la coexistencia, sino la construcción de una auténtica convivencia: la cultura del encuentro entendida como un hecho social y

de una propuesta que, desde la reflexión y la práctica, ofrece una orientación hacia la vida buena.

En este horizonte, la cultura del encuentro se manifiesta como hospitalidad incondicional, como un tejido que da forma a la matriz comunitaria y como un compromiso con lo político en su dimensión más humana y relacional.

2.1. La cultura del encuentro como hospitalidad incondicional

La competencia ética fundamental radica en una apertura radical a la alteridad: estar disponible ante las demandas del mundo y mantener una atención genuina hacia lo que es distinto de uno mismo. En este sentido, la ética social, concebida como cultura del encuentro, se expresa y se concreta como una auténtica ética de la hospitalidad. Y esta posee dos dimensiones fundamentales irreductibles e inseparables entre sí: la acogida incondicional al otro, especialmente al más vulnerable, y la hospitalidad hermenéutica como apertura a la diferencia.

La acogida incondicional queda condensada en la expresión de Lévinas: «Soy responsable del Otro sin esperar la recíproca»²⁶. Más allá de la reciprocidad, o de la intencionalidad del sujeto, hay una ontología primera en el rostro del Otro que nos exige respuesta «aunque nos cueste la vida». La hospitalidad no es simplemente acoger al otro, sino un acto radical que nos enfrenta con el límite de nuestras leyes, lenguas y sistemas de poder. Tal como ha argumentado Derrida la hospitalidad no puede comenzar más que por la incondicionalidad absoluta, por la apertura sin reserva al otro como tal²⁷.

Derrida distingue entre la hospitalidad condicional expresada en tratados internacionales, leyes estatales y marcos morales particulares; y la hospitalidad incondicional que impone la acogida al extranjero, al paria, al enemigo en su vulnerabilidad y sufrimiento. Nadie puede quedar a los bordes del camino por nuestra condicionalidad, hay un grito incondicional desde «los costados de la vida». «No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede a un costado de la vida. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano. Eso es dignidad» (FT, 68).

Ahora bien, la hospitalidad se manifiesta también como hospitalidad hermenéutica que consiste en una apertura consciente y deliberada a la diferencia, a lo distinto, a lo que interpela nuestros propios marcos culturales, religiosos, políticos o simbólicos. Esta dimensión no se limita a tolerar lo diverso, sino que implica una disposición activa a comprenderlo, a dejarse afectar por ello, a entrar en diálogo sin pretensión de absorción o neutralización. La hospitalidad hermenéutica desafía el miedo a lo desconocido y

político.

²⁶ E. LEVINAS, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Sígueme, Salamanca 1997.

²⁷ J. DERRIDA, *La hospitalidad*. Ediciones de la Flor, Buenos Aires 2008.

combate los discursos de exclusión, porque reconoce que solo en el encuentro con la diferencia puede emerger una sociedad verdaderamente plural y democrática.

Ricoeur²⁸ reflexiona sobre la hospitalidad lingüística, que debe poseer toda traducción, en la que el traductor no anula la lengua del otro, sino que la acoge en su extrañeza. La hospitalidad lingüística se convierte así en una metáfora del encuentro entre culturas, lenguas y mundos distintos, subrayando que traducir, encontrarse hospitalariamente, es un acto de acogida, no de dominio. La hospitalidad hermeneútica –la traducción hospitalaria– se convierte en una relacionalidad no posesiva ni asimiladora de lo diferente. Una verdadera cultura del encuentro.

Ambas dimensiones –la acogida incondicional y la traducción hospitalaria de la diferencia– constituyen los pilares de una cultura del encuentro que busca humanizar nuestras sociedades fragmentadas.

2.2. La matriz comunitaria de la cultura del encuentro

La parábola del Buen samaritano es normativa culturalmente en el mundo Occidental, más allá de los cristianos, y se suele destacar la imagen compasiva del samaritano que se «aproxima» al apaleado. Sin embargo, la parábola tiene un enorme potencial para pensar la comunitariedad de la cultura del encuentro. Alicia de Mingo analiza el tránsito de una conducta ética individual a una práctica, que ella denomina, proto-cívica. «La compasión del samaritano va a encontrar un camino desde la soledad o el aislamiento hacia la sociedad, no la de la ciudad, sino hacia la “pequeña sociedad” de una posada en el camino. La orientación primera al Otro pasará de ser pre-cívica a ser proto-cívica»²⁹. La cultura del encuentro que se articula desde la primariedad de la ética de la hospitalidad transita hacia la comunitariedad –protocívica– necesaria para luchar contra el desencuentro.

En esta línea, el Papa Francisco, en *Fratelli tutti*, ofrece una lectura comunitaria de la parábola lucana. Señala que «el samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontrarnos en un ‘nosotros’ que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades» (FT, 78). Se trata de un *nosotros* inclusivo, capaz de reconstruir la comunidad y de tejer vínculos entre personas diversas desde la compasión samaritana. Como subraya el propio pontífice: “se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante» (FT, 8).

²⁸ P. RICOEUR, *Sobre la traducción*, Paidós, Barcelona 2005.

²⁹ A. DE MINGO, (2021) «Héroes menores, en nombre de (un) Otro. El cuidado como asistencia y delegación en tiempos de precariedad (Releyendo Lucas 10, 25-37)». ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política, (64). 8. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2021.64.04>.

2.3. La cultura del encuentro como caridad política

La política, en términos generales, se ha convertido en el arquetipo del desencuentro, el agravio y la ruptura. El escenario de la política institucional –ampliado y amplificado por los medios de comunicación– se presenta hoy como un verdadero drama social. La ausencia de diálogo, la proliferación del insulto, la manipulación del discurso y la falta de honestidad configuran un panorama tan degradado que difícilmente podría ser clasificado, ni siquiera por la más sofisticada inteligencia artificial.

Sin embargo, ¿Es posible la cultura del encuentro al margen de la política? ¿puede funcionar el mundo sin política? ¿Puede haber un camino eficaz hacia la fraternidad universal y la paz social sin una buena política? (cfr: FT, 136).

La «buena política» es una condición necesaria para la cultura del encuentro. Una política del diálogo y orientada al bien común que pueda luchar contra las desigualdades, que pueda alterar la *necropolítica* imperante en muchos campos, que se comprometa con la dignidad ontológica y social de todos los seres humanos. Sin el ejercicio estructural y estructurante de la política, la cultura del encuentro será tangencial y superficial. Estamos convocados «a rehabilitar la política, que es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común» (FT, 180).

3. Conclusión

Las fracturas sociales, los conflictos comunitarios y los desencuentros personales se instalan en nuestra vida social y política de manera permanente. Las barreras para la cultura del encuentro son intensas y nos afectan desde diversas dimensiones de la vida. Además, en la vida pública los desencuentros se convierten en auténticas batallas de odio, incompreensión y despersonalización que minan la esperanza de transformación.

En este contexto empeñarse en la construcción de la cultura del encuentro es un imperativo. Esta, en cuanto ética social, se estructura en una primera dimensión pre-cívica, entendida como ética de la hospitalidad que acoge incondicionalmente y se compromete con las diferencias desde la «traducción hospitalaria». Esta dimensión incondicional abre paso a un escenario proto-cívico, centrado en la construcción de un «nosotros inclusivo». Finalmente, se despliega una tercera dimensión, la propiamente cívica, que introduce de lleno la cuestión de lo político en la cultura del encuentro. Este tránsito, sin obviar las complejidades, hace posible «aceptar el desafío de soñar y pensar en otra humanidad» (FT, 127).



Los cuidados entre las personas de más edad

Cuidar y ser cuidados³⁰

Rosalía Mota López³¹

1. Longevidad y cuidados

La creciente longevidad de las personas es uno de los logros sociales más relevantes de las últimas décadas³². En España la esperanza de vida al nacer y a los 65 años es de las más altas: 83,2 años y 25,2 años respectivamente³³. Cada vez vivimos más años, y además en mejores condiciones de salud. El aumento de la esperanza de vida, combinado con la progresiva caída de la fecundidad, han producido el crecimiento del peso relativo de las personas adultas de más edad: 19,3% de los españoles tienen 65 años y más, ligeramente por debajo de la media de la UE-27 (20,3%). Por su parte, las personas de 80 y más años representan ya el 6,1% de toda la población.

Este proceso no sólo supone un cambio demográfico de primera magnitud. También está dando lugar a cambios relevantes en la configuración de la estratificación por edad y los roles que desempeñamos las personas en nuestro ciclo vital, la orientación y el diseño de las políticas sociales, el transcurrir del ciclo vital biográfico y familiar, o los patrones de apoyo y cuidados provistos por las redes familiares y comunitarias primarias, basados en vínculos de parentesco, confianza, afecto y proximidad, y no remunerados. Una sociedad longeva es un desafío, pero simultáneamente también una oportunidad. Sin embargo, en no pocas ocasiones y desde diferentes espacios de la vida social, se tiene un imaginario que presenta el envejecimiento como insostenible económica y socialmente.

³⁰ Artículo publicado en la revista “Sal Terrae”, núm. 110, 2022 pp. 911-923.

³¹ Profesora adjunta de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Pontificia Comillas.

³² Convencionalmente se utilizan los umbrales cronológicos de 65 y 80 años para delimitar las categorías sociales de personas “mayores” o “tercera edad” y “ancianos” o “cuarta edad”.

³³ J. PÉREZ, A. ABELLÁN, P. ACEITUNO, Y D. RAMIRO, “Un perfil de las personas mayores en España, 2020. Indicadores estadísticos básicos”: *Informes Envejecimiento en Red* 25 (2020), 1-39. Salvo que se especifique otra referencia, los datos proporcionados en este texto están extraídos de esta misma fuente.

Se hace hincapié en el desequilibrio demográfico entre la población que necesita recibir cuidados y el descenso de los potenciales cuidadores.

Es indiscutible que la longevidad acarrea más volumen de población de edad avanzada con probables necesidades de cuidado, y que la capacidad real de las familias para cuidar está tensionándose como consecuencia de la menor disponibilidad de tiempo para cuidar a causa de la incorporación de la mujer al ámbito laboral, o del aumento del número de personas adultas sin descendencia. Sin embargo, las visiones más alarmistas del envejecimiento parecen estar condicionadas por una perspectiva edadista sobre el papel de las personas mayores en los cuidados, que invisibilizan las contribuciones positivas que hacen a la sostenibilidad social³⁴. El hecho de que los cuidados tengan lugar en el ámbito privado, no teniendo asignado un valor económico aun cuando constituyen actividades económicamente productivas, también contribuye a su invisibilización³⁵.

El edadismo es reconocido como la tercera gran forma de discriminación de nuestra sociedad, junto con el racismo y el sexismo³⁶. Los estereotipos edadistas sustentan un imaginario social que reduce la singularidad de las personas que traspasan el umbral cronológico de los 65 años, a un tipo uniforme y unívoco de personas no productivas, enfermas y frágiles, que ya no tienen capacidad para valerse por sí mismas y tomar sus propias decisiones, que han acumulado suficientes limitaciones y deterioros como para necesitar ayudas de diversa índole, aisladas y desvinculadas de sus entornos familiares, comunitarios y sociales más próximos.

Es cuestionable considerar la edad cronológica como criterio para determinar la población en situación de dependencia, es decir, aquella que necesita ayuda y cuidados de forma permanente para desenvolverse en la vida cotidiana. La dependencia tiene más que ver con condiciones de salud y el grado de limitaciones que con la edad cronológica³⁷. El proceso biológico de envejecimiento presenta una variabilidad interindividual (no todas las personas envejecemos igual), e intraindividual (los cambios producidos en una determinada capacidad no predicen necesariamente cambios en otros ámbitos, y las limitaciones para la vida diaria no son iguales durante todas las etapas de la vejez), muy significativa.

Asimismo, desde una perspectiva edadista las personas adultas de más edad son representadas invariablemente sólo como receptoras de cuidados, y no como proveedoras de ellos, lo cual no se corresponde con los patrones reales de cuidado. Aunque los cuidados femeninos intergeneracionales de carácter ascendente (prestados por las hijas, de mediana edad a sus padres y/o suegros), constituyen el pilar del modelo familiarista mediterráneo³⁸, no es el único patrón de cuidados. Se está produciendo una

³⁴ I. CALVO AND E. ATUTXA, “Reviewing the benefits of aging populations: Care activities provided by the older people as commons”: *Frontiers in public health* 10 (2022), 792287.

³⁵ M.A. DURÁN, *La riqueza invisible del cuidado*, Universitat de Valencia, Valencia 2018, 1-524.

³⁶ BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO, “Ley 15/2022, de 12 de julio, integral para la igualdad de trato y la no discriminación”, 13 de julio de 2022, Núm. 167 Sec. I. Pág. 98071.

³⁷ K. HERLOFSON Y G.O. HAGESTAD, “Challenges in moving from macro to micro: Population and family structures in ageing societies”: *Demographic Research* 10 (2011), 337-370.

³⁸ M. SANCHO Y T. MARTÍNEZ, “El futuro de los cuidados de larga duración ante la crisis de la Covid-19”, en A. BLANCO, A. CHUECA, J. A. LÓPEZ-RUIZ Y S. MORA (eds), *Informe España 2021*, Cátedra José María Martín Patino de la Cultural y el Encuentro, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2021,

diversificación del perfil de personas que cuidan a familiares según edad (cuidadores de más edad), género (hombres cuidadores), parentesco (pareja cuidadora), y generación (cuidados generacionales horizontales, a personas de la misma generación)³⁹.

Las personas mayores siempre han prestado apoyo, ayudas y cuidado a familia, amigos y vecinos, pero su presencia en el modelo familialista de cuidados es cada vez más relevante. De cada 10 personas de 65 y más años 7 prestan ayuda emocional a su círculo familiar más próximo, 3 de cada 10 cuidados de salud, y 4 de cada 10 ayuda económica⁴⁰. Por su parte, un 13,1% de la población de 6 años y más con discapacidad es cuidada por una persona entre 65 y 79 años, y un 6,8% de un cuidador de 80 y más años⁴¹. La mayor longevidad, la creciente autonomía residencial de los adultos de edad más avanzada, la mayor supervivencia de las parejas, y la progresiva incorporación de la mujer al mercado de trabajo, están impulsando el papel de las personas mayores en la provisión de cuidados informales.

2. Los cuidados que brindan las personas adultas de más edad

Pueden distinguirse dos patrones fundamentales en los cuidados que las personas mayores prestan a otros familiares de edad avanzada. Por una parte, los de carácter intergeneracional, reflejados fundamentalmente en los cuidados de mayores “jóvenes” a personas mayores de mucha edad. Y, por otra parte, los cuidados intrageneracionales en el seno de las parejas mayores, ya sea entre generaciones más jóvenes (60-79), o entre generaciones más mayores (80 y más).

Es destacable el progresivo peso que está adquiriendo el cuidado de los padres ya ancianos, nonagenarios en la mayoría de los casos, pero también de hermanos y/o hijos de más edad con alguna discapacidad. Este flujo intergeneracional de cuidados se concreta mayoritariamente en el cuidado que prestan las hijas de entre 60 y 79 años a sus padres, pero sobre todo a sus madres de 90 y más, debido al diferencial de esperanza de vida entre hombres y mujeres⁴².

Es, sin embargo, el cuidado intrageneracional el que constituye la pauta dominante de cuidado por parte de las personas de más edad. Se produce fundamentalmente en el seno de parejas y por parte del compañero/a o cónyuge⁴³. La creciente supervivencia tiene

337-397.

³⁹ A. ABELLÁN, A. AYALA, J. PÉREZ, R. PUJOL Y SUNDSTRÖM, G., “Los nuevos cuidadores”: *El Observatorio Social Fundación La Caixa* (2018).

⁴⁰ J. N. FERNÁNDEZ (coord.), *Informe 2016. Las personas mayores en España* (Colección Personas Mayores Documentos Técnicos y Estadísticos), Instituto de Mayores y Servicios Sociales, Madrid 2017, 435.

⁴¹ INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, *Encuesta de discapacidad, autonomía personal, y situaciones de dependencia*, 2020. Población de 6 y más años con discapacidad que recibe cuidados según la edad y sexo del cuidador principal. (ine.es)

⁴² R. GÓMEZ, C. FERNÁNDEZ, Y CÁMARA, N., “¿Quién cuida a quién? La disponibilidad de cuidadores informales para personas mayores en España. Una aproximación demográfica basada en datos de encuesta”: *Informes Envejecimiento en red* 20 (2018), 1-36.

⁴³ A. ABELLÁN, J. PÉREZ, R. PUJOL, SUNDSTRÖM, G., JEGERMALM, M. Y MALMBERG, B., “Partner care,

como consecuencia una mayor probabilidad de uniones más largas, o segundas uniones en edades más mayores, y con ello, la oportunidad de tener un compañero o compañera durante la vejez. El 72,0% de los mayores cuidadores conviven con la persona que cuidan, y en más de la mitad de los casos (53,0%), la persona en situación de dependencia cuidada es su cónyuge o pareja⁴⁴. Con los datos más recientes referidos a 2020, el 46,7% de las personas de 65 a 79 años con discapacidad es cuidada por su cónyuge o pareja; en el caso de las personas de 80 y más representan el 14,4%⁴⁵. Fundamentalmente los cuidados en pareja en edades avanzadas se proveen de mujeres a hombres, por su mayor esperanza de vida: 4 de cada 10 hombres de 65 años y más que los necesitan los reciben de su cónyuge o pareja (40,8%), reduciéndose este flujo de cuidados para las mujeres al 13,4%.

El proceso vital de envejecer va definiendo no sólo los perfiles de la vida cotidiana de los adultos de más edad (la organización del tiempo, las necesidades, las tareas cotidianas, o el lugar de residencia), sino también los contenidos materiales y emocionales que se intercambian entre los miembros de las redes primarias en forma de cuidados. Mientras que la persona vive con su propio núcleo familiar, la vida en pareja se convierte en el vínculo relacional básico. Cuando sobrevienen situaciones de dependencia es la pareja quien suele convertirse en el cuidador principal. Es un cuidado cotidiano, intensivo en tiempo (más de dos tercios de las personas de más edad que son cuidadores dedican más de 20 horas semanales al cuidado), y extensivo en dedicación (nueve de cada diez mayores cuidadores dicen prestarlos de forma continuada⁴⁶).

La red familiar –más las hijas que los hijos– y/o vecinal presta ayuda en momentos puntuales o en situaciones sobrevenidas de necesidad, de acuerdo con un modelo de cuidados familiares que hace subsidiarios los cuidados provistos por los hijos cuando los dos miembros de la pareja mayor conviven. Además del apoyo instrumental para las actividades de la vida cotidiana (tareas domésticas, aseo personal, gestión de la atención sanitaria), la pareja brinda intimidad y amparo, en definitiva, apoyo emocional.

Los cuidados provistos por la pareja durante el proceso de envejecimiento facilitan la permanencia de los adultos de edad avanzada en situación de dependencia en su hogar, y con ello, mejoran su bienestar⁴⁷. “Envejecer en casa” depende menos del estado de salud funcional que de la cualidad de las redes informales. Las personas de edad avanzada que necesitan cuidados y que viven en pareja son menos propensos a trasladarse a residencias de ancianos, o a los hogares de los hijos, y cuando lo hacen, lo hacen más tarde y por períodos más cortos de tiempo⁴⁸. La vivienda propia les

gender equality, and ageing in Spain and Sweden”: *International journal of ageing and later life*, 1 (2017), 69-89.

⁴⁴ UNIÓN DEMOCRÁTICA DE PENSIONISTAS Y SIMPLE LÓGICA, “El papel de las personas mayores en el cuidado a dependientes. Informe sobre cuidadores mayores”: *Barómetro Mayores UDP* 12 (2014), 1-7.

⁴⁵ INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, *Encuesta de discapacidad, autonomía personal, y situaciones de dependencia*, 2020. Población de 6 y más años con discapacidad que recibe cuidados según el parentesco o relación del cuidador principal por sexo y edad de la persona con discapacidad.

⁴⁶ UNIÓN DEMOCRÁTICA DE PENSIONISTAS Y SIMPLE LÓGICA (2014), 3.

⁴⁷ A. GARCÍA Y ALDAZ, E. “Diversificación en los apoyos y cuidados a domicilio”, en INSTITUTO SANTA LUCÍA (ed.), *Un país para mayores*, Instituto Santa Lucía, Madrid 2022, 148-161.

⁴⁸ A. ABELLÁN, J. PÉREZ, R. PUJOL, SUNDSTRÖM, G., JEGERMALM, M. Y MALMBERG, B.,

proporciona estabilidad y seguridad física y emocional, ya que en ella se ubican los puntos de referencia temporal y espacial de su historia⁴⁹.

La emergencia gradual de un número creciente de hogares mayores viviendo más tiempo en pareja, por una parte, está modificando la pauta de feminización de los cuidados informales en las edades más tardías de la vida, y por otra y vinculado con ello, está también dando lugar a un perfil emergente de cuidadores, el de las personas de edad muy avanzada (80 y más). La participación masculina en los *cuidados* se está incrementando, y lo hace a partir de los 80 años. Es ejerciendo de cuidadores de sus esposas mayores cómo los hombres se están incorporando al ámbito de los cuidados.

Cuando se consideran los cuidados informales en hogares con sólo una pareja, existe una pequeña diferencia por género a favor de las mujeres (7,75% cuidan a sus compañeros frente al 6,2% de los hombres), que va estrechándose a medida que avanzan en edad, siendo más el porcentaje de hombres a partir de los 80 años (4,7% hombres frente a 1,8%)⁵⁰. El cuidado prestado por los hombres a sus esposas y compañeras es creciente a partir de los 55, siendo el más alto en el grupo de 80 y más. Mientras, el patrón del cuidado por parte de las mujeres es decreciente con la edad, siendo lo más común ser cuidadora del esposo o compañero entre los 65 y los 70 años.

Este patrón emergente de cuidadores mayores varones de sus compañeras está ya modificando las dinámicas familiares de cuidado y el lugar de los hombres en ellas. Es reseñable la socialización “a marchas forzadas” en la realización de tareas domésticas que muchos hombres mayores afrontan cuando su compañera ya no puede hacerse cargo de ellas, convirtiéndose entonces en un sostén instrumental y afectivo fundamental, además de en un recurso de primer orden para mantener la vida autónoma de la pareja. Cuando los hombres asumen las tareas de cuidado el mundo afectivo y emocional adquiere entonces para ellos una dimensión nueva⁵¹.

3. Cuidar la relación de cuidado

El cuidado prestado por las personas adultas de más edad representa una ventana de oportunidad muy relevante para la sostenibilidad del sistema informal de cuidados, pero hay que cuidar a estos cuidadores⁵². ¿Por qué es necesario cuidarse y ser cuidados? Sin duda, cuidar de otras personas es una tarea física y emocionalmente exigente. Es responsabilizarse del bienestar de otras personas, en todas las dimensiones de la vida buena, velando por su autonomía y su identidad. No se trata sólo de cuidados materiales

(2017), 83.

⁴⁹ R.L. RUBINSTEIN, “Los entornos domésticos de las personas mayores: una descripción de los procesos psicosociales que vinculan a las personas con el lugar”: *Revista de Gerontología* 2 (1989), 45-52.

⁵⁰ A. ABELLÁN, A. AYALA, J. PÉREZ, R. PUJOL Y SUNDSTRÖM, G., (2018), 30.

⁵¹ J. A. RODRÍGUEZ DEL PINO, T. SAMPER, S. MARIN, E. SIGALAT, Y A. E. MORENO, “Hombres cuidadores informales en la ciudad de Valencia. Una experiencia de reciprocidad”: *Revista de Ciencias Sociales* 2 (2018), 645-670.

⁵² C. FERNÁNDEZ-CARRO, GÓMEZ-REDONDO, R. Y CÁMARA-IZQUIERDO, N., “The availability of carers for older disabled people in Spain: demographic insights and policy implications”: *International Journal of Care and Caring* 3 (2019), 323-337.

que pueden medirse por el tiempo que consumen, o cuando empiezan y acaban, los cuidados “ocupan” todas las parcelas cotidianas de la vida de los cuidadores. Se ha puesto de manifiesto cómo los hogares de parejas de adultos de edad más avanzada en los que algún miembro es cuidadora o cuidador principal se enfrentan a un tipo de necesidades doble –no sólo las de la persona dependiente, sino también las del cuidador–, y recurren menos a los servicios públicos⁵³. Pero también es necesario cuidar a los cuidadores porque el cuidado de otros es una experiencia positiva y satisfactoria que contribuye al bienestar a lo largo del ciclo de envejecimiento.

Tradicionalmente se han puesto más de manifiesto las consecuencias negativas de los cuidados, que se producen en diferentes ámbitos de la vida del cuidador. Se han descrito con los nombres de “síndrome del cuidador”, “carga”, o “desgaste”, y son consideradas como factor de vulnerabilidad social. Entre las repercusiones negativas más citadas están: a) un peor estado general de salud, incluyendo no sólo problemas físicos (musculares, digestivos, o de alteración del sueño), sino también emocionales, como los sentimientos de soledad, de duelo por el familiar “perdido” al que no se reconoce, de culpa por la aparición de la enfermedad o por percibir que no se cuida bien, o de pérdida de esperanza en el futuro; b) dificultades para soportar el incremento de los gastos familiares con las pensiones como ingreso fundamental; y c) perturbaciones en la vida familiar, como la reestructuración de las tareas y el rol familiar del varón cuando se convierte en cuidador principal, o conflictos familiares con los hijos sobre el modo cómo se organizan los cuidados.

Sin embargo, no deben obviarse los resultados positivos de los cuidados para las personas adultas de edad avanzada que los prestan⁵⁴. Consecuencias positivas y negativas siempre coexisten. Cada relación de cuidado es única y singular. La valoración de qué recompensas y costes tiene en la vida de los cuidadores está modulada por diferentes factores, entre los que están lo que cada persona ha socializado que son sus responsabilidades de cuidado hacia otros, la personalidad de la persona que cuida, su capacidad de afrontamiento, su propio estado de salud, el grado de soledad o compañía en la que se está desarrollando el cuidado, la prolongación en el tiempo de las tareas de cuidado, y la historia afectiva con la persona cuidada. Los cuidados tienen lugar en el seno de una relación, y esta relación, tanto presente como pasada, tiene un gran impacto en sus resultados.

Cuando las personas adultas de más edad cuidan a otros, su bienestar objetivo y subjetivo mejora. La movilidad física y la capacidad funcional y anímica que se necesitan para realizar una multiplicidad de tareas, tanto instrumentales como emocionales, llevan a una vida activa y mejoran la percepción subjetiva de salud. Por otra parte, las personas que cuidan perciben positivamente su experiencia de cuidado. Entre las recompensas emocionales que resaltan están la satisfacción personal de ayudar a una persona querida, el sentimiento de ser útiles, el crecimiento personal que les supone cuidar, una visión de la vida diferente, el descubrimiento del mundo de los afectos, el reconocimiento y el

⁵³ A. ABELLÁN, A. AYALA, J. PÉREZ, R. PUJOL Y SUNDSTRÖM, G., (2018), 30.

⁵⁴ M. SÁNCHEZ-IZQUIERDO Y M. PRIETO, *El cuidado de personas mayores con demencia*, Cátedra de Bioética 26, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2015, 71-85.

aprendizaje de sus fuerzas y límites, y la propia relación de intimidad y afecto con la persona cuidada.

¿Qué pueden hacer las personas cuidadoras para cuidarse? Se enumeran a continuación algunas estrategias de autocuidado para aquellas personas que son cuidadoras principales, especialmente de personas con enfermedades crónicas o en situaciones de dependencia más graves⁵⁵. Tan importante es saber cuidar como saber cuidarse.

– Pedir ayuda. No es un signo de debilidad hacerlo, sino todo lo contrario, es necesario para cuidar de uno mismo y también de las personas a las que cuidamos. Es importante expresar de forma concreta qué se necesita, no dando por supuesto que los demás familiares o profesionales, y también la persona cuidada, adivinarán las necesidades de la persona cuidadora. Si el apoyo que pueden prestar otros familiares no es posible o insuficiente, hay que considerar otras opciones. La insatisfacción con el apoyo familiar y comunitario puede agravar las consecuencias negativas del cuidado. Por ejemplo, cuando la persona cuidadora percibe que los demás familiares no prestan apoyo suficiente en las tareas de cuidado o no aprecian la cotidianidad de éstos. Se ha demostrado también que la vinculación con asociaciones de familiares y enfermos y/o la participación en programas de intervención psicosocial con cuidadores es un factor protector.

– Dejarse ayudar, aceptando el modo concreto en que otros familiares o los profesionales pueden ayudarle. Aunque la persona cuidadora sea quien mejor conoce a la persona cuidada, y tiene mayor experiencia en las tareas de cuidado, no puede pretender que otros lo hagan de la misma manera que ella o él. Es importante también poner límites al cuidado, aceptando también las propias limitaciones personales.

– Anticiparse a las situaciones problemáticas. Se debe intentar ser realista respecto al avance de la enfermedad, sus implicaciones, y los medios de ayuda de los que se dispone en cada momento y que se necesitarán en un futuro, lo que no siempre es fácil por la implicación directa de la persona cuidadora. En los primeros momentos de la enfermedad, es muy importante que los familiares directos valoren todas las opciones de cuidado, implicando en lo posible a la persona que va a ser cuidada. Pero simultáneamente, una vez que se toman las decisiones preventivas apropiadas, las personas cuidadoras y cuidadas han de centrarse en la cotidianidad de cada día y no pensar en las situaciones inciertas que el futuro podrá deparar.

– Prestarse atención. Es bastante frecuente el olvido de uno mismo cuando se es cuidadora o cuidador principal, centrando toda la atención en la persona cuidada. Hay que cuidar la propia salud, ocupándose de los tiempos de actividad cotidianos: sueño, comidas, ejercicio, ocio y tiempo libre, o actividades y momentos compartidos con otros miembros de la familia, también con la persona cuidada.

– Aprender a afrontar los sentimientos y emociones negativos, no asustándose ante los sentimientos, reconociendo su expresión a través del propio cuerpo, aceptándolos y denominándolos. El cuidado es también y fundamentalmente relación afectiva entre dos

⁵⁵ R. PANIAGUA, Y S. LÁZARO, “Cuidar y cuidarse: un aprendizaje posible”: *Sal Terrae*, 93 (2005), 907-918.

personas, y como tal hay que aceptar los sentimientos positivos y negativos que cada una de ellas pueda experimentar sobre la relación. Es importante reconocer, expresar y controlar el enfado y la irritabilidad, aliviar la tristeza y la depresión, y alejar los sentimientos de culpa.

¿Cómo cuidar a las personas cuidadoras? Centrándonos en la mirada y la percepción que los profesionales tienen de las relaciones de cuidado, pueden ser útiles las siguientes consideraciones:

- No homogeneizar. No hay “cuidados” en términos abstractos y generales, sino relaciones de cuidado particulares y singulares, imbricadas en historias de vida personales y familiares de las personas implicadas.
- Promover entre los cuidadores la toma de conciencia de sus necesidades. Es fundamental transmitir y reforzar siempre la idea de que la persona cuidadora debe atenderse a sí mismo, estimulando la conciencia de sus necesidades para que puedan transformarlas en demandas concretas de autocuidado y cuidado de otros que les ayuden.
- Adoptar una perspectiva global e integral en la atención a los cuidadores. En primer lugar, hay que transmitir con claridad que familiares y profesionales pueden ayudarse. Han de vincularse en una relación de comprensión, reconocimiento y apoyo mutuo, que repercute positivamente en la persona cuidada, el bienestar del cuidador y el buen desempeño profesional.
- Recuperar el papel curativo de la relación profesional-cuidador. En las profesiones de ayuda, la capacidad para establecer una relación interpersonal entre profesional y persona atendida es muy importante para la eficacia de la acción profesional. En la atención a las personas cuidadoras, la creación de espacios de escucha, comprensión y acompañamiento, constituye un elemento de calidad.

4. A modo de epílogo

Una sociedad solidaria pasa por modificar el imaginario social desde el que percibimos a las personas de edad más avanzada. Es necesario generar una ética social inclusiva por la cual apreciemos valores intrínsecos de las personas, independientemente del lugar que ocupan en el esquema productivo-laboral o de sus capacidades físicas o cognitivas. Resulta imposible pensar en la sostenibilidad del desarrollo social sin tener en cuenta los cuidados, intensivos en tiempo, dedicación y esfuerzo, que las personas mayores brindan a otras personas de edad avanzada, fundamentalmente a sus cónyuges o parejas. Los cuidados siempre se entretajan en relaciones recíprocas de afecto y proximidad, que donan a las personas una nueva dimensión del amor con mayúsculas.



POR TU PALABRA

“Quiero, queda limpio” La curación de un leproso (Mc 1,40-45)

Carmelitas

1. Oración inicial

Muéstrate propicio, Señor, a los deseos y plegarias de tu pueblo; danos luz para conocer tu voluntad y la fuerza necesaria para cumplirla. Por nuestro Señor. Amen.

2. Lectura del santo Evangelio según Marcos 1,40-45

Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: «Si quieres, puedes limpiarme.» Enternecido, extendió su mano, le tocó y le dijo: «Quiero; queda limpio.» Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio. Le despidió al instante prohibiéndole severamente: «Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés para que les sirva de testimonio.» Pero él, así que se fue, se puso a pregonar con entusiasmo y a divulgar la noticia, de modo que ya no podía Jesús presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba a las afueras, en lugares solitarios. Y acudían a él de todas partes.

3. Reflexión

Acogiendo y curando al leproso Jesús revela un nuevo rostro de Dios. Un leproso llega cerca de Jesús. Era un excluido, un impuro. Debía vivir alejado. Pero aquel leproso tenía mucho valor. Transgredió las normas de la religión para poder llegar cerca de Jesús. Y grita: “¡Si quieres, puedes limpiarme!” Es decir: “¡No precisas tocarme! Basta que lo quieras para que yo sea curado”. La frase revela dos enfermedades: a) la enfermedad de la lepra que lo hacía impuro; a) la enfermedad de la soledad a la que era condenado por la sociedad y por la religión. Revela al mismo tiempo la gran fe del hombre en el poder de Jesús. Profundamente compadecido, Jesús cura las dos enfermedades. Primero, para

curar la soledad, toca al leproso. Y es como si le dijera: “Para mí, tú no eres un excluido. ¡Yo te acojo como hermano!” Enseguida, cura la lepra diciendo: ¡Quiero! ¡Queda limpio! El leproso, para poder entrar en contacto con Jesús, había transgredido las normas de la ley. De la misma forma, Jesús, para poder ayudar a aquel excluido y así revelar un rostro nuevo de Dios, transgredió las normas de su religión y toca al leproso. En aquel tiempo, quien tocara a un leproso, se volvía impuro ante las autoridades religiosas y ante la ley de la época.

Reintegrar a los excluidos en la convivencia fraterna. Jesús no solamente cura, sino que además quiere que la persona curada pueda convivir de nuevo con los demás. Reintegra a la persona en la convivencia. En aquel tiempo, para que un leproso fuera de nuevo acogido en la comunidad, tenía que tener un certificado firmado por un sacerdote. Es como hoy. El enfermo sale del hospital sólo si tiene un certificado médico firmado por un doctor. Jesús obliga al leproso a que se busque el documento, para que pueda convivir con normalidad. Obliga a las autoridades a que reconozcan que el hombre había sido curado.

El leproso anuncia el bien que Jesús le hace, y Jesús se vuelve un excluido. Jesús había prohibido al leproso que hablara de la curación. Pero no lo consiguió. El leproso, en cuanto se fue, empezó a divulgar la noticia, de modo que Jesús ya no podía entrar públicamente en el pueblo; tenía que andar por las afueras, en lugares apartados. ¿Por qué? Es que Jesús había tocado a un leproso. Por ello, en la opinión pública de aquel tiempo, Jesús, el mismo, era ahora un impuro y tenía que vivir alejado de todos. No podía entrar en las ciudades. Pero Marcos muestra que al pueblo poco le importaban esas normas oficiales, pues de todas partes llegaban a donde él estaba. ¡Subversión total!

Resumiendo. Tanto en los años 70, época en la que Marcos escribe, como hoy, época en la que vivimos, era y sigue siendo importante tener delante unos modelos de cómo vivir y anunciar la Buena Nueva de Dios y de cómo evaluar nuestra misión. En los versos de 16 a 45 del primero capítulo de su evangelio, Marcos describe la misión de la comunidad y presenta ocho criterios para que las comunidades de su tiempo pudieran evaluar la misión. He aquí el esquema:

Actividades de Jesús

Objetivo de la misión Marcos 1,16-20

Jesús llama a los primeros discípulos formar comunidades

Marcos 1,21-22

La gente queda admirada con su enseñanza crear conciencia crítica

Marcos 1,23-28

Jesús expulsa a un demonio

luchar en contra del poder del mal Marcos 1,29-31

Cura a la suegra de Pedro

restaurar la vida para el servicio Marcos 1,32-34

Cura a enfermos y endemoniados acoger a los marginados

Marcos 1,35

Jesús se levanta pronto para rezar permanecer unido al Padre

Marcos 1,36-39

Jesús sigue anunciando

no encerrarse en los resultados Marcos 1,40-45

Curación de un leproso reintegrar a los excluidos

4. Para la reflexión personal

Anunciar la Buena Nueva consiste en dar testimonio de la experiencia concreta que uno tiene de Jesús. El leproso, ¿qué anuncia? Cuenta a los demás el bien que le hizo Jesús. ¡Sólo esto! ¡Todo esto! Y es este testimonio lo que lleva a los demás a aceptar la Buena Nueva de Dios que Jesús nos trae. ¿Qué testimonio doy yo?

Para llevar la Buena Nueva de Dios a la gente, no hay que tener miedo de transgredir las normas religiosas que son contrarias al proyecto de Dios y que dificultan la comunicación, el diálogo y la vivencia del amor. Aunque esto traiga dificultades para la gente, como se las trajo a Jesús. ¿Tuve este valor?

5. Oración final

Entrad, rindamos homenaje inclinados, ¡arrodillados ante Yahvé que nos creó!

Porque él es nuestro Dios, nosotros somos su pueblo, el rebaño de sus pastos. (Sal 95,6- 7)

Escuchar y ayunar La Cuaresma como tiempo de conversión⁵⁶

León XIV

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma es el tiempo en el que la Iglesia, con solicitud maternal, nos invita a poner de nuevo el misterio de Dios en el centro de nuestra vida, para que nuestra fe recobre su impulso y el corazón no se disperse entre las inquietudes y distracciones cotidianas.

Todo camino de conversión comienza cuando nos dejamos alcanzar por la Palabra y la acogemos con docilidad de espíritu. Existe, por tanto, un vínculo entre el don de la Palabra de Dios, el espacio de hospitalidad que le ofrecemos y la transformación que ella realiza. Por eso, el itinerario cuaresmal se convierte en una ocasión propicia para escuchar la voz del Señor y renovar la decisión de seguir a Cristo, recorriendo con Él el camino que sube a Jerusalén, donde se cumple el misterio de su pasión, muerte y resurrección.

Escuchar

Este año me gustaría llamar la atención, en primer lugar, sobre la importancia de dar espacio a la Palabra a través de la *escucha*, ya que la disposición a escuchar es el primer signo con el que se manifiesta el deseo de entrar en relación con el otro.

Dios mismo, al revelarse a Moisés desde la zarza ardiente, muestra que la escucha es un rasgo distintivo de su ser: «Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor» (Ex 3,7). La escucha del clamor de los oprimidos es el comienzo de una historia de liberación, en la que el Señor involucra también a Moisés, enviándolo a abrir un camino de salvación para sus hijos reducidos a la esclavitud.

⁵⁶ Mensaje del Papa para la Cuaresma 2026, publicado el 13 de febrero de 2025.

Es un Dios que nos atrae, que hoy también nos conmueve con los pensamientos que hacen vibrar su corazón. Por eso, la escucha de la Palabra en la liturgia nos educa para una escucha más verdadera de la realidad.

Entre las muchas voces que atraviesan nuestra vida personal y social, las Sagradas Escrituras nos hacen capaces de reconocer la voz que clama desde el sufrimiento y la injusticia, para que no quede sin respuesta. Entrar en esta disposición interior de receptividad significa dejarnos instruir hoy por Dios para escuchar *como Él*, hasta reconocer que «la condición de los pobres representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia»⁵⁷.

Ayunar

Si la Cuaresma es tiempo de escucha, el *ayuno* constituye una práctica concreta que dispone a la acogida de la Palabra de Dios. La abstinencia de alimento, en efecto, es un ejercicio ascético antiquísimo e insustituible en el camino de la conversión. Precisamente porque implica al cuerpo, hace más evidente aquello de lo que tenemos “hambre” y lo que consideramos esencial para nuestro sustento. Sirve, por tanto, para discernir y ordenar los “apetitos”, para mantener despierta el hambre y la sed de justicia, sustrayéndola de la resignación, educarla para que se convierta en oración y responsabilidad hacia el prójimo.

San Agustín, con sutileza espiritual, deja entrever la tensión entre el tiempo presente y la realización futura que atraviesa este cuidado del corazón, cuando observa que: «es propio de los hombres mortales tener hambre y sed de la justicia, así como estar repletos de la justicia es propio de la otra vida. De este pan, de este alimento, están repletos los ángeles; en cambio, los hombres, mientras tienen hambre, se ensanchan; mientras se ensanchan, son dilatados; mientras son dilatados, se hacen capaces; y, hechos capaces, en su momento serán repletos»⁵⁸. El ayuno, entendido en este sentido, nos permite no sólo disciplinar el deseo, purificarlo y hacerlo más libre, sino también expandirlo, de modo que se dirija a Dios y se oriente hacia el bien.

Sin embargo, para que el ayuno conserve su verdad evangélica y evite la tentación de enorgullecer el corazón, debe vivirse siempre con fe y humildad. Exige permanecer arraigado en la comunión con el Señor, porque «no ayuna de verdad quien no sabe alimentarse de la Palabra de Dios»⁵⁹. En cuanto signo visible de nuestro compromiso interior de alejarnos, con la ayuda de la gracia, del pecado y del mal, el ayuno debe incluir también otras formas de privación destinadas a hacernos adquirir un estilo de vida más sobrio, ya que «sólo la austeridad hace fuerte y auténtica la vida cristiana»⁶⁰.

Por eso, me gustaría invitarles a una forma de abstinencia muy concreta y a menudo poco apreciada, es decir, la de abstenerse de utilizar palabras que afectan y lastiman a

⁵⁷ Exhort. ap. *Dilexi te* (4 octubre 2025), 9.

⁵⁸ S. Agustín, *La utilidad del ayuno*, 1, 1.

⁵⁹ Benedicto XVI, *Catequesis* (9 marzo 2011).

⁶⁰ S. Pablo VI, *Catequesis* (8 febrero 1978).

nuestro prójimo. Empecemos a desarmar el lenguaje, renunciando a las palabras hirientes, al juicio inmediato, a hablar mal de quienes están ausentes y no pueden defenderse, a las calumnias. Esforcémonos, en cambio, por aprender a medir las palabras y a cultivar la amabilidad: en la familia, entre amigos, en el lugar de trabajo, en las redes sociales, en los debates políticos, en los medios de comunicación y en las comunidades cristianas. Entonces, muchas palabras de odio darán paso a palabras de esperanza y paz.

Juntos

Por último, la Cuaresma pone de relieve la dimensión comunitaria de la escucha de la Palabra y de la práctica del ayuno. También la Escritura subraya este aspecto de muchas maneras. Por ejemplo, cuando narra en el libro de Nehemías que el pueblo se reunió para escuchar la lectura pública del libro de la Ley y, practicando el ayuno, se dispuso a la confesión de fe y a la adoración, con el fin de renovar la alianza con Dios (cf. *Ne* 9,1-3).

Del mismo modo, nuestras parroquias, familias, grupos eclesiales y comunidades religiosas están llamados a realizar en Cuaresma un camino compartido, en el que la escucha de la Palabra de Dios, así como del clamor de los pobres y de la tierra, se convierta en forma de vida común, y el ayuno sostenga un arrepentimiento real. En este horizonte, la conversión no sólo concierne a la conciencia del individuo, sino también al estilo de las relaciones, a la calidad del diálogo, a la capacidad de dejarse interpelar por la realidad y de reconocer lo que realmente orienta el deseo, tanto en nuestras comunidades eclesiales como en la humanidad sedienta de justicia y reconciliación.

Queridos hermanos, pidamos la gracia de vivir una Cuaresma que haga más atento nuestro oído a Dios y a los más necesitados. Pidamos la fuerza de un ayuno que alcance también a la lengua, para que disminuyan las palabras que hieren y crezca el espacio para la voz de los demás. Y comprometámonos para que nuestras comunidades se conviertan en lugares donde el grito de los que sufren encuentre acogida y la escucha genere caminos de liberación, haciéndonos más dispuestos y diligentes para contribuir a edificar la civilización del amor.

Los bendigo de corazón a todos ustedes, y a su camino cuaresmal.

Vaticano, 5 de febrero de 2026, memoria de santa Águeda, virgen y mártir.

☆ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

La potencia de lo pequeño

“De ti, Belén, saldrá quien ha de gobernar a Israel”... (Miq 5,1)

No es que me, dejar fijado este mundo en el que paso con ‘suerte’ y por gracia.

Todo comienza siendo diminuto y posee una tendencia, si no se frustra, a manifestar la generosidad de lo pequeño, del diminutivo. Hablamos de sucesos insignificantes generadores de increíbles historias, “diminutivos” llamados a ser “grandes”.

Hay días, tiempo habrá para experimentarlo a lo largo del presente año, que no se resuelven con grandes gestos. No piden decisiones épicas ni cambios de rumbo espectaculares. Son días que se sostienen con apoyos mínimos, como si la vida misma supiera que, en ciertos momentos, solo se puede avanzar porque se es diminuto, pequeño, mínimo. Ahí es donde el lenguaje, ese espejo fino de la experiencia, acude en nuestra ayuda con una herramienta humilde y poderosa: el diminutivo.

“Acabo mi tarea, y voy a fumar un pitillo”, dice mi amigo Pedro.

No es una declaración grandilocuente. No es fumar a secas, ni salir a fumar. Es **un pitillo**: algo breve, acotado, sin pretensiones. El diminutivo no describe solo el tamaño del objeto, sino su lugar emocional en el día. Es una pausa mínima, una rendija de tiempo que no pretende adueñarse de la tarde ni cambiar el curso de la vida. Apenas un paréntesis. Se reduce la gravedad de las cosas sin vaciarlas de sentido. Nos permite hacerlas habitables. Cuando decimos **un poquillo**, no estamos siendo imprecisos; estamos siendo humanos. Reconocemos que no necesitamos demasiado, que no aspiramos al exceso. Solo lo justo para volver a respirar.

“Cuando me siento agitado, bajo a caminar un poquillo”, comenta Rafa.

Caminar, en sí mismo, podría sonar a terapia, a propósito de enmienda, a plan de mejora personal. Pero caminar **un poquillo** es otra cosa. Es aceptar el

desorden interior sin dramatizarlo. Es decir: no voy a arreglarlo todo, solo voy a mover el cuerpo un poco, a dejar que el ruido interno se desgaste con el roce de los pasos. El diminutivo actúa aquí como un antídoto contra la exigencia.

Vivimos rodeados de grandes proyectos, grandes cambios, grandes pasiones. Y sin embargo, la vida real se sostiene a base de ajustes mínimos. Un gesto pequeño, repetido, puede tener más efecto que una decisión colosal tomada una sola vez. El diminutivo, en este sentido, no empequeñece la experiencia, la hace posible.

“Aprovecho este paseo para rezar un poquito”, es mi experiencia.

*También la espiritualidad encuentra refugio en lo pequeño. Rezar **un poquito** no es rezar mal ni a medias; es rezar con medida humana. Es reconocer que no siempre se puede sostener la atención, la fe o el silencio durante horas. Que a veces basta con una frase, un gesto interior, una presencia breve pero sincera. El diminutivo protege lo sagrado de la retórica excesiva. Aquí el diminutivo no niega la profundidad; niega la grandilocuencia. Es una forma de humildad verbal que acaba convirtiéndose en una ética de vida.*

*Decir **un ratito, un poco, un poquillo** es aceptar que somos seres de energía limitada, de atención intermitente, de fuerzas variables. Pero también es reconocer que lo pequeño, cuando se hace con cuidado, tiene continuidad. Lo que es demasiado grande se vuelve insostenible; lo pequeño, en cambio, puede repetirse mañana. Tal vez por eso los diminutivos nos reconcilian con el tiempo. No prometen transformaciones instantáneas ni resultados definitivos. Prometen algo más modesto y más fiel: acompañamiento. Un pitillo para cerrar una tarea. Un corto paseo para calmar la agitación. Una oración breve para volver al centro. Pequeñas anclas que no detienen la marea, pero impiden que nos hundamos. Decir **solo un poquillo** es negarse a la tiranía del exceso. Es afirmar que, a veces, menos no es menos: es suficiente.*

*Y quizá ahí radique nuestra verdadera fuerza. En recordarnos que la vida no siempre pide más, sino mejor. No más tiempo, sino un momento cuidado. No grandes gestos, sino pequeños actos sostenidos. Dichos, además, con palabras pequeñas, **con diminutivos**, para que no pesen demasiado. Abramos la ventana del elogio de los diminutivos y de las cosas que apenas pesan.*

Isidro Lozano

